El Principio de un reinado.

EL PRINCIPIO DE UN REINADO.

Drama en tres actos y en verso,

ORIGINAL DE

DON ANTONIO LOZANO

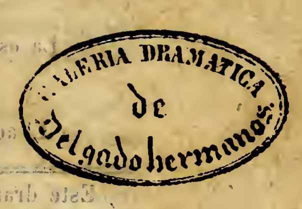
Y

DON JOSÉ MARÍA DE LARREA.

Representado con aplauso en el teatro de la Cruz el 21 de Julio de 1853.

Este drama ha sido aprobado para su representacion en 20 de dicho mes y año.





MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Agosto de 1853.

PERSONAGES.	ACTORES.
EL REY ENRIQUE III (13 *años de edad*).	*D.ª Mercedes Buzon.*
DON ENRIQUE DE ARAGON, *marqués de Villena*. . . .	*D. Pedro Montaño.*
DON DIEGO LOPEZ ZÚÑIGA. . .	*D. Benito Pardiñas.*
BEATRIZ, *hija de*.	*D.ª Antonia Valero.*
EL CONDE DE NIEBLA. . . .	*D. Manuel Serrano.*
FADRIQUE, *hijo de*.	*D. Elías Aguirre.*
EL CONDE DE BENAVENTE. . .	*D. Pedro Maffei.*
DON JUAN MANRIQUE, *arzobispo de Santiago*.	*D. Pedro Moliné.*
DON PEDRO MANRIQUE, *su sobrino*.	*D. Francisco Solans.*
DON ALVAR.	*D. José Banovio.*
ALARCON.	*D. Antonio Maza.*
JIMENO.	*D. Felix Mantilla.*
UN HERALDO.	*D. Antonio Argüelles.*
ENMASCARADO 1.º	*D. José Sapera.*
ENMASCARADO 2.º	*D. Angel Segarra.*

Cortesanos, monteros, guardias, enmascarados, pueblo, etc.

La escena es en Burgos, año de 1394.

El acto 2.º está dividido en dos cuadros.

ADVERTENCIA.

Habiendo nacido don Enrique de Aragon, marqués de Villena, en el año de 1384, no podia tener en el de 1394 en que pasa la accion de este drama, edad suficiente para intervenir en estos sucesos como se supone, y solo su abuelo don Alonso de Aragon, marqués de Villena, nombrado en el testamento del rey don Juan I para formar parte de la regencia que habia de gobernar durante la minoría de Enrique III, fué quien pudo tomar en ellos la parte que á su nieto se atribuye. Luego, pudiera fulminarse contra nosotros la acusacion de haber cometido una grosera sustitucion de personas, cuando no hemos hecho otra cosa que aumentar en algunos años la edad del marqués de Villena don Enrique, á quien algo mas adelante y en el mismo reinado vemos figurar estraordinariamente, y la época de su eleccion para el maestrazgo de Calatrava.

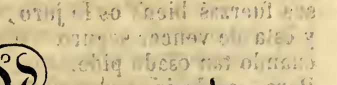
Fuera indisculpable este que parece error (1) cronológico, si nos hubiéramos propuesto al famoso nigromante como asunto principal de nuestra obra; pero nosotros no hemos procurado tan solo retratar al marqués de Villena, ni la corte de Enrique el doliente: hemos querido poner en accion un hecho del que germina una idea fecunda mas tarde en resultados. Es indudable que Enrique III obtuvo en nuestra España la primer victoria sobre aquella nobleza turbulenta cuyo poderío empezó á decaer en aquella edad casi coetánea de las Cruzadas. «Enri»que III (dice un erudito escritor contemporáneo)

»un hombre enfermizo y melancólico, pero de carácter entero; diligente y aun codicioso para aumentar el real erario; parco y aun mísero quizá »para distribuirlo; diestrísimo en escoger las personas mas aptas para el logro de sus fines; este rey »fué el que principió á cercar de mayor esplendor »á la corona; este el que abrió la senda en que »marchó despues entre mil obstáculos Alvaro de »Luna, obstáculos que removió al fin la sagaz y »atinada política de Fernando el católico (1).

Basta lo dicho para conocer que en este drama don Diego Lopez Zúñiga es el representante de la entonces naciente adhesion al trono, y que para representar la ambicion y el poder sin límites de la nobleza de aquel tiempo hemos preferido á don Enrique de Villena, figura magnífica que se destacaba á nuestros ojos en primer término en el cuadro sombrío de aquella época.

No pocos ejemplos pudiéramos citar de licencias semejantes á esta que nos hemos permitido; pero nos parece suficiente lo espuesto, convencidos de que, como ha dicho nuestro Jovellanos: «quien es»cribe como poeta no está sujeto á las leyes de historiador.»

(1) **Hartzenbusch. Retrato histórico de don Enrique de Aragon, marqués de Villena.**



Antecámara real en el alcázar de Burgos. En el fondo una galeria: á la derecha la puerta de la cámara del rey: á la izquierda la que conduce á las habitaciones de la reina madre y otra secreta en segundo término. Balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS DE VILLENA. EL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

SANT. (*Mirando por el balcon.*)
Quedó la plaza desierta:
por la guardia acometida
la turba despavorida
ni aun á defenderse acierta.
Va huyendo del miedo en alas.

VILL. Pero en suma, qué pedia?

SANT. Al par que la minoría
que las nuevas alcabalas
y los impuestos cesasen...

VILL. Ese es su clamor eterno.

SANT. Y que el timon del gobierno
otras manos empuñasen:
Lo piden con hartos fueros.

VILL. Y en balde ¡pese á su estrella!
Ya dieron á su querella
respuesta mis ballesteros.

SANT. Propio es de vuestro valor,
mas yo pienso de otro modo:
que antes de arriesgar el todo
ceder parte es lo mejor.

VILL. No comprendo...
SANT. El pueblo mide
sus fuerzas bien, os lo juro,
y está de vencer seguro
cuando tan osado pide.
VILL. Pero, es decir...
SANT. Que con dos
súplicas nos importuna...
pues accedamos á una,
y alegre queda por Dios.
VILL. Estais indulgente asaz.
SANT. Estoy, marqués, previsor,
y hoy conozco que es mejor
que no la guerra, la paz.
Desdoran con mil hablillas
los actos de la regencia,
y de vuestra mucha... ciencia
dicen, marqués, maravillas.
Segun testó Juan primero,
ley que acatarse debia,
aun gobernar no podria
su hijo Enrique tercero.
Mas solo faltan tres meses,
y es hoy mejor consentir
que no haber de sucumbir
al tiempo ó á los reveses.
Castilla nos tornará
entonces su fé y cariño,
y al fin, en un rey tan niño
fantasma de rey tendrá.
VILL. Discurrís, don Juan Manrique,
como imaginára menos;
como el mejor de los buenos
vasallos de don Enrique.
Con qué derechos, estraños
á toda razon y ley,
se quiere aclamar al rey
antes de los trece años?
Por cortar la rebelion?
Dictólo así Juan primero,
y yo, pese al diablo, espero
cumplir su disposicion.

La rebelion no me aterra,
que el miedo no cabe en mí,
y aunque no penseis así
prefiero á la paz la guerra.
De la regencia murmuran
cuatro descontentadizos,
y por achacar á hechizos
mi pobre ciencia se apuran.
Pero en su valor aprecio
tan torpe murmuracion;
en hembras tiene perdon,
en los hombres... la desprecio.
Sé qué á mi tachada ciencia
dará en otra edad la historia
una página de gloria,
y esto basta á mi conciencia.
Por lo demas de ilusiones,
don Juan, os alimentais
cuando fortuna soñais
detrás de esas concesiones.
Ceded el puesto anhelado,
y mañana, á par del rey,
vereis dictando la ley
al arzobispo primado:
y por él á otro pendon
vereis los nobles unirse,
nuestra santa causa hundirse,
y, por él, en conclusion,
que adhiriendo el poder real
á la del pueblo su suerte,
el golpe lanza de muerte
al señorio feudal.

ESCENA II.

DICHOS. DON PEDRO MANRIQUE.

MANR. Marqués... tio...

(*Dando un pergamino á Villena y otro á Santiago.*)

SANT. (*Despues de leer.*) Las verdades
que despreciábais mirad...
proclamar mayor de edad

al rey quieren las ciudades.

VILL. Pues si eso así os maravilla,
ved si esto es mas perentorio...
Por la prision de Tenorio,
la de Pedro de Castilla,
la del venerable abad
de Fuselas, indignado
su escomunion ha lanzado
sobre el rey su santidad.

MANR. Y tambien dicen de cierto
que, inmediato á la ciudad,
yo no sé en qué soledad,
una ancha mina han abierto
los descontentos, que en torno
se agrupaban del primado,
de donde sale trazado
todo el gran plan de trastorno:
que con los de acá á entenderse
entra, con rara osadía,
diariamente un espía,
y que para resolverse
á dar el golpe mortal,
esperan únicamente
la adhesion de Benavente
y de algun otro parcial.

VILL. Oh! ya hace tiempo que estoy
de esa mina tras la huella,
y sin poder dar con ella:
por eso á Jimeno hoy
un cierto Alarcon buscar
mandé, gefe de bandidos,
que los sitios escondidos
del bosque podrá indicar.

SANT. Segun oísteis la alianza
de Niebla y de Benavente,
juzgan será suficiente
para inclinar la balanza
de su lado, y aun quisieran,
para afianzar su plan,
que á don Alonso Guzman
en Calatrava eligieran.
Son elementos á fé

que mucho pueden pesar.

VILL. Mas aun, quién podrá contar
con ellos yo no lo sé.
Triunfará el que los reuna,
y aquel los traerá á buen punto
que maneje el grave asunto
con mas arte y mas fortuna.
Del conde de Benavente
Lopez Zúñiga es el guia;
en este mi amistad fia
que hará de aquel cuanto intente.

SANT. Lopez Zúñiga?... Yo, á fé,
en él tanto no esperára.

VILL. Tiene ambicion, y hará cara
al que mas campo la dé.
Y aunque para mí el camino
franco en Calatrava está,
Maestre por mi será
don Pedro vuestro sobrino.

MANR. Yo...

SANT. Cómo! renunciareis
á una dignidad tan alta?

VILL. Es fuerza, porque aun nos falta
pensar en Niebla.

SANT. Y qué hareis?

VILL. Tiene una hija á quien esposo
nos es de interés buscar.

SANT. Y vos podeis desear...

VILL. Ser ese mortal dichoso.
La amo, y al par que esta alianza
mi dicha, mi gloria hiciera,
tambien el poder nos diera
que el conde su padre alcanza.

SANT. Tal creo, y nos convendria
por cuantos medios humanos...

VILL. Tambien hoy en nuestras manos
quisiera ver al espia.

SANT. Ya gente aposté en las puertas
que si entra le ha de prender.

VILL. Me importa ademas tener
de Sevilla nuevas ciertas.

SANT. Las tendreis.

VILL. Y yo aquí en tanto
al de Zúñiga hablaré,
y al de Niebla encargaré
que ofrezca al Nuncio del Santo
Padre una reparacion;
algun tiempo ganaremos,
y así tambien probaremos
de Niebla la decision.

SANT. Mas cómo se ha de lograr...

VILL. Dándole está garantia
do, al par de la firma mia,
la vuestra debeis fijar.
(*Un pergamino escrito.*)

SANT. Tomad. (*Despues de firmar.*)

VILL. Bien.

SANT. Pero, marqués,
si Niebla abusa...

VILL. ¡No hará:
con nosotros firmará,
mútuo será el interés.
Que al compartir nuestra suerte
sabrá que, en comun destino,
encierra este pergamino
nuestra vida ó nuestra muerte. (*Vanse.*)

ESCENA III.

ZÚÑIGA. FADRIQUE. *Un soldado que no habla.*

ZÚÑ. (*Saliendo por la puerta secreta.*)
Entrar, Fadrique, podeis,
y por el Crucificado
no volváis á la ciudad:
ya hay quien os sigue los pasos
por orden del de Villena,
y si diéseis en sus lazos...

FAD. No hayais miedo, Lopez Zúñiga,
que á ser tan desventurado
conmigo sepultaria
nuestros secretos sagrados.
Cuidad vos por vuestra parte

de no marcar ningun rastro
en lo que escribais, por donde
nuestro asilo retirado
encuentren; que es lo que importa;
y lo demas á mi cargo
lo podeis dejar, don Diego,
que yo con mi vida pago.

ZÚÑ. Con tanto desprendimiento
envidia me estais causando,
y ojalá que como vos,
por mil peligros cruzando,
pudiera la guerra hacerles
frente á frente y brazo á brazo.
No sabeis lo que padezco
al verme aquí condenado
de un conspirador falaz
al papel cobarde y bajo.
No aparecer lo que soy!...
Darme Villena la mano,
y como amigo estrechársela
mientras su ruina preparo...
no cabe, Fadrique, no,
en mi corazon hidalgo.
Lo hago...

FAD. Porque sois leal:
Zúñiga, tranquilizáos;
no es tan ruin vuestro papel
como vos le habeis pintado.
Bien sabe Castilla entera
que sois noble y sois bizarro;
mas teneis que obedecer
otros decretos mas altos.
Por la fuerza de las armas
no viéramos realizados
nuestros proyectos jamás:
perpétuamente entregado
en manos de los que hoy rigen,
querria el monarca en vano
desplegar de su carácter
los mas generosos rasgos;
gemiria siempre esclava
Castilla de sus tiranos,

y la corona real,
la usurpacion cobijando,
al fin perdido su brillo
rompiérase en mil pedazos!
Para evitar estos males,
contra ese ambicioso bando
tentar ha sido preciso
todos los medios humanos,
y que un noble como vos
baje de la intriga al fango.
En prueba fijad los ojos
y responded, que ya parto.
(Dándole un pergamino.)

ZÚÑ. Qué miro? Escribe Tenorio?

FAD. Sí, el arzobispo primado;
que de su prision los hierros
sus amigos quebrantaron.

ZÚÑ. *(Repasando el pergamino.)*
Oh! bien, bien: me dice aquí
que mi oficio cortesano
debe terminar muy pronto.
Me recomienda de paso
que no cese hasta estinguir
los odios inveterados
de vuestro padre y de Niebla,
las paces afianzando
por medio de vuestra boda.
Todo esto ya está logrado,
y apenas se cante el triunfo
porque todos suspiramos,
premiará vuestra pasion
doña Beatriz con su mano.

FAD. Qué decís? Es cierto!

ZÚÑ. Cierto.
Los condes tan encontrados
de Niebla y de Benavente,
á la razon oidos dando,
olvidaron sus rencores
y hoy deben verse en palacio.

FAD. Oh! el júbilo me enloquece,
y apenas tan feliz cambio
puede creer mi corazon!

ZÚÑ. Tomad pues y retiraos.
(*Dándole un pergamino despues de escribir en él.*)
FAD. Mas sin ver á Beatriz.
ZÚÑ. Cómo! quereis ¡por San Pablo!
perderos? Si os descubriesen...
FAD. Oh! no temais. Aquí aguardo
á que como de costumbre
á recibir los mandatos
venga de la reina madre.
ZÚÑ. Pero el mensage...
FAD. Ferrando
lo llevará al campamento.
ZÚÑ. Fadrique, estais temerario.
Plegue á Dios que vuestro empeño
no nos llegue á costar caro.
En fin, ocultaos ahí...
(*Fadrique se entra por la puerta secreta.*)
(*Al soldado.*) Y vos, por la cruz, sed cauto,
que las puertas y los muros
estan hoy muy vigilados. (*Vase el soldado.*)

ESCENA IV.

ZÚÑIGA.

Quien de enamorados fia...
Cómo ha de ser?... Resignémonos,
y tratemos de ayudar
en cuanto quepa á don Pedro.
Quiere haga saber al rey
que el entredicho tremendo
sobre él pesa ya de Roma,
y que impida con empeño
todo arreglo con el Nuncio...
Tal era mi pensamiento.
—Lo que hoy me tiene en cuidado
son los estraños misterios
que andan entre el de Villena
y el de Santiago... Me temo
alguna maquinacion...
Se han repartido el gobierno,
y cuentan muy rara vez

para obrar con el Consejo;
no obstante, nadie respira:
como si fueran de hielo
todos los regentes ven
que les usurpan sus fueros,
y se callan y obedecen.....
Oh! con razon de hechicero
califican al marqués,
pues solo con su talento
y sus astucias pudiera
producir tales efectos.
Hola! allí asoma... Por Cristo
que me hace sufrir su encuentro...
En fin, para lo que falta
la máscara conservemos.

ESCENA V.

ZÚÑIGA. VILLENA.

VILL. Exacto sois á fé mia...
Que el cielo os guarde, don Diego.
ZÚÑ. El os alumbre, marqués.
VILL. Con prisa os hice llamar,
porque os quiero encomendar
un asunto de interés.
ZÚÑ. Villena, no he recibido
ningun mensage; no obstante,
vuestro soy desde este instante,
mandad y sereis servido.
VILL. Antes quiéroos consultar...
ZÚÑ. Pobre consejero soy.
VILL. Lopez Zúñiga, desde hoy
podeis llamaros sin par.
Seis siglos de cruda guerra,
de sangre y devastacion,
no han dejado á la razon
un solo palmo de tierra.
Han dado al pecho corage,
fuerza y brio al brazo airado;
pero al alma han empujado
hácia un estado salvage.

Fuera del campo no hay nada:
héroes si en la lid se cuentan
nuestros hombres argumentan
con la punta de la espada:
en raciocinando idiotas,
prodigios en corazon,
tienen la imaginacion
como el hierro de sus cotas.
Mas sois muy distinto vos,
que unís admirablemente
lo entendido á lo valiente,
lo del diablo á lo de Dios.

ZÚÑ. Qué decís?

VILL. De ello hay testigos
que el no nombraros prefiero,
y yo por lo tanto os quiero
entre mis buenos amigos.

ZÚÑ. Ya sabeis..

VILL. Sé que leal
me habeis servido en la corte,
y que cambiar hoy de norte
pudiera seros fatal.

ZÚÑ. Y esa amenaza...

VILL. ...Oh! no lo es;
que á hombres de vuestra valía
sé bien que no aterraría;
y, escuchad, que empiezo pues.
Hoy luchan con ciego encono
dos poderes, dicho está
que uno el triunfo cantará,
son la nobleza y el trono.
Para que el claro esplendor
con que aun la primera brilla
no se oscurezca en Castilla,
falta hacen ciencia y valor;
falta hace que, en union santa,
los que á su sombra nacimos
y por ella combatimos
conquistando gloria tanta,
tratemos de defender
nuestros fueros heredados,
nuestros derechos sagrados

prontos á desparecer;
y que los monarcas prueben,
pues hoy nuestra ruina intentan,
que si una corona ostentan
á los nobles se la deben.

ZÚÑ. Y bien, en qué puedo yo...

VILL. En mucho, si os empeñais.

ZÚÑ. Ya sabeis que vos mandais
y yo obedezco.

VILL. Eso no.
Obraremos de concierto.
—El alboroto pasado
nos deja ya harto probado
que hay un gran plan encubierto.
Quien le organiza es notorio;
á pesar de su prision
el gefe de esta escision
es el prelado Tenorio.
Mas sin amigos, qué hiciera?
No os parece bien pensado
alejar de nuestro lado
cuantos siguen su bandera?

ZÚÑ. Sin duda alguna. (Por Dios!
si recelará de mí...)

VILL. Entre los nobles aquí
hay dos sospechosos.

ZÚÑ. Dos?

VILL. El de Niebla y Benavente.

ZÚÑ. (Respiro.)

VILL. A los piés del trono,
no obstante su antiguo encono,
dicen se unen bajamente,
y olvidando sus rencores
en pró de su causa impía,
aumentan de dia en dia
las huestes de los traidores.
Siendo aquí lo mas sensible
que tal cubren su maldad
que hoy su culpabilidad
probarles es imposible.

ZÚÑ. Entonces, para batirlos...

VILL. Solo hay un medio.

ZÚÑ. Cuál es,
quereis decirme, marqués?
VILL. Muy sencillo... desunirlos.
Benavente en vos confia
como en su amigo mejor.
ZÚÑ. Cierto obtengo su favor,
y creo que alcanzaria...
VILL. El que viendo la impotencia
de la cruzada real,
se partiese á Portugal
renunciando á la regencia?
ZÚÑ. Tanto, marqués, me parece...
pues si él tal vez ambiciona...
VILL. El valor de una corona
por su cesion se le ofrece;
á su hijo el perdon, y á mas
la mano de Leonor
de Alburquerque.
ZÚÑ. Esa, señor,
la creo oferta de mas.
VILL. Qué decis? Pues en Castilla,
no es el partido mas bello?
ZÚÑ. Sí, marqués, convengo en ello.
VILL. Quién mas por sus prendas brilla
y por su dote?
ZÚÑ. Es verdad,
ninguna; pero es el hecho
que de Fadrique en el pecho
tiene imperio otra beldad.
VILL. Bueno: decidme quién es,
y si ha de hacerle feliz...
ZÚÑ. Es la hermosa Beatriz.
VILL. La de Niebla?
ZÚÑ. Sí, marqués.
VILL. Imposible es lo que intenta!
ZÚÑ. Amándose...
VILL. Y el rencor
de sus padres...
ZÚÑ. El amor
jamás con los padres cuenta.
Y en una ocasion tan crítica
se olvidan odios lejanos,

que hace á los hombres hermanos
la conformidad política.

VILL. Teneis, sí, mucha razon;
mas mi plan trastorna á fé...
En fin, á la noche haré
por daros nueva instruccion.

ZÚÑ. Y dónde mas recatados?...

VILL. En mi palacio hablaremos:
allí un banquete tenemos,
vos sois de los invitados.

ZÚÑ. La honra estimo tan cumplida.

VILL. No falteis.

ZÚÑ. Os lo prometo.

VILL. En tanto, á Dios, y secreto.

ZÚÑ. Le guardaré por mi vida. (*Vase.*)

ESCENA VI.

VILLENA. EL CONDE DE NIEBLA. BEATRIZ.

VILL. (Beatriz!)

NIEB. Guárdeos Dios,
ilustre marqués amigo.

VILL. Por tal merced le bendigo;
no os esperaba á los dos.
Creí que el pasado susto
á Beatriz retrajera...

NIEB. La reina madre la espera,
y hacerla aguardar no es justo.
Parece que la partida
de caza se lleva á efecto.

VILL. Sí; ya el reposo es perfecto,
la traicion quedó vencida.

NIEB. Os felicito, marqués;
siempre tan seguro os vea.

VILL. Espero en Dios que así sea.
El os guarde.

NIEB. Hasta despues.

(*El conde de Niebla y Beatriz se dirigen hácia la puerta que conduce á las habitaciones de la reina madre, mientras Villena dice los siguientes versos:*)

VILL. Yo, ¡necio! que no sabia...

si el de Benavente alcanza...
Esto ya creo que avanza
aun mas de lo que temia.
Mirándolo todo van...
do quier asechanza y dolo...
y yo me hallo solo... solo
sobre el cráter de un volcan!
No importa: los desafio.
Gloria, amor buscando voy...
veremos si el campo hoy
de ellos queda, ó queda mio.
(*Vase por el foro.*)

BEAT. (*A la puerta de la izquierda.*)
No tardeis, padre.

NIEB. No tardo.
Entre tanto, hija querida,
prepárate á la batida.

BEAT. Vos...

NIEB. A Benavente aguardo.

BEAT. A Benavente! he oido mal?

NIEB. Eso he dicho, Beatriz.

BEAT. Podré esperar ser feliz?

NIEB. Pendiendo de mí, si tal.
A Dios.

BEAT. A Dios quedad, padre adorado.

(*El conde de Niebla entra en la cámara real. Beatriz va tambien á entrar en la de la reina, á tiempo que se encuentra con Fadrique que sale por la puerta secreta.*)

ESCENA VII.

FADRIQUE. BEATRIZ. *Despues* VILLENA.

FAD. Beatriz...

BEAT. De mi loca fantasía,
es esto una ilusion? Y vuelvo á verte,
mi bien, cuando perdido te creia!

FAD. Cómo vivir pudiera, ángel hermoso,
tanto tiempo ¡ay de mí! sin tu presencia?

BEAT. Solo por mi, por verme, generoso
arriesgas en palacio tu existencia?

FAD. Tú no la arriesgarías?...
Qué me importa la vida, si á tu lado
no me es posible resbalar mis dias?...
Lejos de tí, sin esperanza vivo;
el mundo es para mí triste desierto,
sin luz, sin calma, del dolor cautivo,
el corazon á los placeres muerto.
Sin tí no tiene luz el claro dia,
ni grato aroma las pintadas flores,
ni las aves, ni el céfiro armonía,
ni el alma paz, ni el corazon amores.
Que no es tan grato á mi desvelo amante
la luz del sol, la música del viento,
como estar á tu lado un solo instante,
mirar tus ojos y escuchar tu acento!

BEAT. Calla, calla por Dios! que me enagena
de esas palabras que el amor te inspira
la dulce vibracion de encantos llena...
Por tí mi amante corazon delira!
Delira como el tuyo; mas es fuerza
que piense en el peligro á que te espones.
No sabes dónde estás? ay! parte, parte...
que si en estos salones
los del marqués te halláran
y á mis ojos, aquí, te aprisionáran...
no sabes que tu vida es hoy la mia
y que muriendo tú yo moriría?

FAD. No temas, ya me voy.

BEAT. Sí, te lo ruego.
A ser en campo abierto no temblára,
que allí tu acero, tu valor bastára;
pero en este lugar...

FAD. Sí, razon tienes.
A Dios, á Dios; y entre la selva umbría
cuando, apartada del tropel brioso
de alegres cazadores,
en mí vayas pensando, ángel hermoso,
jurándote un amor eterno, ardiente,
me verás á tus plantas nuevamente.

BEAT. Oh! mira por piedad, mira el peligro..

FAD. En trasponiendo el vigilado muro
ninguno correré, yo te lo juro.

VILL. (*Que habrá salido por el foro á tiempo de oir solo los tres últimos versos.*)
Primero es que le salves ¡vive el cielo!
BEAT. Huye, Fadrique: ¡ay Dios! bien lo temia.
FAD. Huyo por tí, mi bien; ya vendrá un dia...
(*Fadrique desaparece por la puerta secreta.*)

ESCENA VIII.

BEATRIZ. VILLENA.

VILL. No te escaparás.
BEAT. Si, sí.
Como noble os portareis.
VILL. Dejadme.
BEAT. No pasareis (*Delante de la puerta.*)
no pasando sobre mí!
VILL. Hola! (*Llamando.*)
BEAT. Marqués, por piedad!
VILL. Y defendeis á un traidor!
BEAT. De un desgraciado, señor,
la locura perdonad.
VILL. De un desgraciado, Beatriz...
Oh! que en pós vaya, dejadme,
ó por los cielos juradme
que es ciertamente infeliz.
BEAT. No os entiendo...
VILL. No entendeis?
Decidme que no le amais,
y que su amor despreciais...
Decid que le aborreceis.
BEAT. Y esa exigencia, por Dios,
en qué habeis fundado ignoro.
VILL. En que, Beatriz, yo os adoro,
y uno sobra de los dos.
BEAT. (Desdichada!) Vos me amais?
VILL. Con furor, con frenesí.
En silencio amé y sufrí,
ya es tiempo que lo sepais.
BEAT. Entonces, ¿cómo mi mano
no pedir, teniendo un nombre...
VILL. Porque el corazon del hombre

es, Beatriz, un arcano.
Un arcano singular
que siempre al tocar se yerra,
para el mismo que le encierra
imposible de sondar.

BRAT. Pues qué, vos...

VILL. Sí; yo creia
á mi fiero corazon
ahogado por la ambicion
en que mi cabeza ardía;
pensaba que cien trofeos
en paz ó en guerra alcanzados,
dejarian bien saciados
mis mas ardientes deseos;
pensaba que el penetrar
de los sucesos humanos,
los mas profundos arcanos
podria á mi afan bastar;
y aunque al ver una belleza
llegárame á conmover,
al fin yo no he menester,
dije, amor, sino grandeza.
Vestí con fé y alma ardiente
la dura tupida malla,
y en mas de alguna batalla
gané fama de valiente.
Despues potente una mano
vi que faltaba en Castilla,
y audaz coloqué mi silla
junto al solio soberano.
Y por último, Beatriz,
viendo que entre tanta gloria,
tanto amor, tanta victoria
no lograba ser feliz,
busqué con fé sin igual,
y halló mi estudio y paciencia
en el templo de la ciencia
corona mas inmortal.
Y esto creeis ¡hado impío!
que me aseguró la calma?
No, que en el fondo del alma,
Beatriz, quedó un vacío.

Vacío que ya, á mi ver,
despues de tanto alcanzar,
tan solo puede llenar
el amor de una mujer.
De una mujer que alboroce
su pecho con mi contento,
que sienta cuando yo siento,
y que en mis triunfos se goce.
Porque ya advertí en mi error
con tanta dicha ilusoria,
que si necesito gloria,
tambien necesito amor!

BEAT. Y amor sin duda obtendreis:
por tan ilustre galan
mil damas suspirarán.

VILL. Beatriz, no os aparteis
de mi objeto... Que sois vos,
bien sabeis, á quien adoro;
inapreciable tesoro
que uno alcanzará de dos.

BEAT. Yo... pero bien conoceis...
si quisiera... (estoy turbada!)
mas hay palabra empeñada,
y si ahora falto... ya veis.

VILL. Oh, de una vez acabad!
Si esa palabra es el lazo,
lo desatará mi brazo.

BEAT. Un combate... oh, por piedad!

VILL. Entonces, decid por Dios
que le amais...

BEAT. Mas si os irrito...

VILL. Y en tal caso, os lo repito,
uno sobra de los dos.

BEAT. Oh, yo os quisiera aplacar...
Otra os podrá hacer dichoso.

VILL. Solo siendo vuestro esposo
la dicha podré alcanzar.
El no habrá aun salvado el muro,
y aunque es bizarro y valiente,
si por él mando á mi gente
me le traerá, os lo aseguro.

BEAT. (Oh, á qué tiempo recordé...)

Cómo mi mano pedís
y en Calatrava...

VILL. Argüis
mal, porque ya renuncié.

BEAT. Pues si ibais á ser nombrado
Gran Maestre...

VILL. Sí, es verdad.
Mas con esa dignidad,
despues de haberos amado,
hubiera sido infeliz,
y he preferido mejor...

BEAT. Renunciarla por mi amor?

VILL. Por vuestro amor, Beatriz.
Con esto comprendereis
si á todo estoy decidido.

BEAT. (En qué, oh Dios, os he ofendido,
que en tal trance me poneis!) (*Aparte.*)

VILL. Qué contestais?

BEAT. (*Aparte.*) (Si no cedo,
Fadrique, entonces, qué apuro!)

VILL. Envío mi gente al muro?

BEAT. Resolver por mí no puedo...
Deberá primero en cuenta
tomar mi padre este amor,
y lo que él haga, señor,
por hecho daré contenta.

VILL. Oh, pues mi felicidad
cierta es entonces.

BEAT. (*Saludando.*) A Dios.

VILL. Permitidme que con vos
hasta allí...

BEAT. (Cielos, piedad!)

(*Entrase Villena acompañando á Beatriz por la puerta que conduce á las habitaciones de la reina madre.*)

ESCENA IX.

NIEBLA. BENAVENTE. DON ALVAR, *que salen de la cámara real. Despues* VILLENA.

BENAV. Descanso en vuestra palabra.

NIEB. Podeis hacerlo. Me importa

mas que mi propio reposo,
mas que mi existencia toda,
la ventura de esa hija
que mi corazon adora.

ALV. Dignos son uno del otro:
Beatriz sin par hermosa,
y á Fadrique por valiente,
aunque tan jóven, le abonan
hechos mil, que ya la fama
con sus cien leguas pregona.

NIEB. Nunca me opondré á esa union
que las esperanzas colma
de dos jóvenes amantes.
Ademas, conde, ya es hora
de olvidar odios antiguos.

BENAV. De ideas tristes y añosas
abjurar yo tambien quiero,
y en la augusta ceremonia...

NIEB. Vos quereis que en el altar
que iluminen las antorchas
de himeneo desparezca
del pasado hasta la sombra?
Pues yo os brindo con mis brazos
reconciliacion mas pronta,
probándoos que aquí tambien
cabe un alma generosa.
(*Sale Villena por la izquierda.*)

BENAV. Y yo vuestra oferta admito,
que al par que me obliga me honra.
(*Se abrazan.*)

ALV. Bien, muy bien!... No sabeis cuánto
veros así me alboroza.

VILL. Tambien á mí... (*Llegando.*)

ALV. (El hechicero!)

BENAV. Marqués, llegais en buen hora.

VILL. Sí por cierto... es espectáculo
que... (vive Dios! me sofoca!
cuando esperaba alcanzar...)

NIEB. Marqués, tambien hoy me toca
probaros mi mucho afecto,
pues de mí nunca se borran
de vuestros buenos servicios

la gratitud y memoria.
Pronto ceñirá Beatriz
el santo velo de esposa,
enlazando á la de Niebla
las armas esplendorosas
de Benavente, y yo espero
que el marqués, que tanto goza
en nuestra dicha, honrará
con su presencia estan bodas.

VILL. Oh! en ello prez ganaré.
Mas creo que por ahora
tal union es imposible,
si no miente mi memoria.
Fadrique se halla proscripto
porque en la anterior discordia
peleó; y aunque despues
vos con la ternura propia
de padre habeis procurado
atraerle, él no se dobla
á mejorar de partido
aunque el perdon se le otorga.

BENAV. Qué no consigue el amor?
Como á Beatriz adora,
en todo consentirá.

VILL. Oh, sí... (La saña me ahoga!)

NIEB. Amigo marqués, á Dios.

VILL. Os retirais?

BENAV. Cuando toda
la corte esté reunida,
volveremos.

NIEB. Que la honra
espero de que acepteis
mi convite.

VILL. Deseosa
el alma está de gozarle.
Dios guie á vuestras personas.

ESCENA X.

VILLENA. *Despues* ZÚÑIGA.

VILL. Mis esperanzas fallidas,
desconcertado mi plan!

Pierdo á Beatriz; y ahora,
á quién le podré entregar
este pliego cuyas firmas
pueden perdernos, y al cual
nuestra suerte está fiada?
Así me has de abandonar,
fortuna!... Oh, ven en mi auxilio
todavía una vez mas!

ZÚÑ. (*Que sale de la cámara del rey.*)
(De esos regentes cercado
que le espian sin cesar
aun al rey hablar no pude;
mas en la caza...)

VILL. (*Volviéndose.*) Quién... Ah!
llegais, Zúñiga, á buen tiempo.

ZÚÑ. Qué ocurre?

VILL. Que era verdad
cuanto me dijisteis antes
sobre esa union infernal
de Niebla y de Benavente.

ZÚÑ. Ah! con que era cierto?... Ya.

VILL. Oh, sí, si!... pero, decidme:
de vos me puedo fiar?

ZÚÑ. Ya me conoceis.

VILL. Pues bien:
á vos me entrego... tomad...
(*Dándole el pergamino de la escena* 2.ª)
Este pergamino instruye
del medio pronto y capaz
de hacer estéril en parte
el golpe que amaga ya
si el nuncio del Santo Padre
consigue al rey noticiar
su mision. Si á cualquier costa
del breve podeis lograr
apoderaros...

ZÚÑ. Lo haré.

VILL. Bien: en vos confio.

ZÚÑ. Hay mas?

VILL. No. Si logramos el triunfo,
el premio vuestro será:
todo el poder obtendreis,

pues mi suerte desleal,
pierda ó gane en esta lucha,
muy lejos me arrojará.

ZÚÑ. (Ese amor le ha trastornado.)

VILL. Id con Dios.

ZÚÑ. Con él quedad.

VILL. Sed prudente, y sobre todo
no en balde dejeis pasar
un tiempo que es muy precioso.

ZÚÑ. Lo que es eso... oh! descuidad. (*Vase.*)

VILL. Pensemos ahora en Beatriz...
Por todo voy á arriesgar
para impedir esa boda...
Jimeno. (*Llamando.*)

JIMENO. (*Saliendo.*) Señor...

VILL. Buscarás
al momento ese bandido,
ese... Alarcon, y esperar
le mandarás en el bosque
con su gente.

JIMENO. Bien está. (*Vase.*)

ESCENA XI.

VILLENA. EL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

SANT. Villena, Villena!... (*Entrando muy agitado.*)

VILL. Hablad...
Todo aquí se ha trastornado,
y el venir vos tan turbado
aumenta mas mi ansiedad.
¿Qué sabeis...

SANT. Que arde en Sevilla
la tea de la discordia,
y rechazan la concordia
que les propone Castilla
Inglaterra, Portugal,
Granada... y cuando la mano
del supremo Vaticano
sobre nos pesa fatal!...

VILL. Es cierto!...

SANT. Y allá á su modo
el pueblo, con doble aliento,

se previene á otro alzamiento
que á sangre lo lleve todo.
VILL. El pueblo poco me importa.
SANT. Ved que está muy decidido.
VILL. Cuanto mas embravecido
la nube será mas corta.
SANT. Y á mas de estas tristes nuevas,
sabed que nos ha vendido
un traidor.
VILL. Quién ha podido?...
SANT. De quien es tengo mil pruebas...
y el resorte es bien notorio;
sus parciales no han cesado,
y otra vez vereis alzado
al buen don Pedro Tenorio.
VILL. Ya sé que el golpe es por él;
mas, quién en la corte, digo...
SANT. Os pasmareis!... Es su amigo
mas denodado y mas fiel...
Lopez Zúñiga.
VILL. Imposible!
SANT. Lo juro por mi conciencia...
Yo vi su correspondencia
con el de Toledo...
VILL. Horrible
verdad!... Mas cómo hais podido
esa trama sorprender?
SANT. El mensagero en poder
de mis gentes ha caido.
Como ya os dije, tenia
las avenidas cubiertas,
y se le cogió á las puertas.
VILL. Mas tarde ya, suerte impía!
SANT. Pues cómo...
VILL. Sabeis, señor,
que en mi necia confianza
puse la última esperanza
en manos de ese traidor?
SANT. Oh! esplicaos, que Dios sabe...
VILL. Yo, que leal le creí,
en este instante le dí
de nuestros planes la clave.

SANT. El pergamino quizá
que hemos firmado aqui mismo?
VILL. Si por cierto.
SANT. El negro abismo
mas desdichas no hallará!
Pero dónde está? Ha partido?
VILL. En este instante marchó.
SANT. Desgraciados!... Se acabó
todo, todo se ha perdido!
VILL. No por cierto. En casos tales
prueban los hombres su aliento:
dejad inútil lamento,
gran remedio á grandes males.
SANT. Qué, aun esperais?
VILL. Sí, por Dios.
Nunca se abate mi pecho.
Todo el daño aun no está hecho...
A ver al rey entrad vos:
yo á Zúñiga seguiré,
y accion por accion villana,
antes del sol de mañana
arrepentirse le haré.
No perdais tiempo: yo voy...
SANT. ¿Y el peligro...
VILL. De él no hablemos.
Hoy á todos venceremos,
ó dejo de ser quien soy.
(*Empiezan á aparecer caballeros en la galería.*)
La corte llega... Marchad,
y si el trance está apurado,
con el rey... mucho cuidado,
valor y serenidad.
(*Villena se va por el foro. Santiago entra en la cámara real.*)

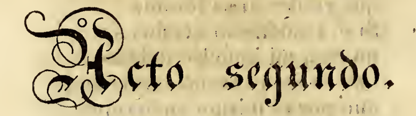
ESCENA XII.

ZÚÑIGA, *por la puerta secreta.*

El peligro se ha hecho doble,
el mensage han sorprendido:
roto el disfraz ha caido...
pero es la lucha mas noble!

Vé, marqués, nada me espanta.
No con venganza cruenta
conjurarás la tormenta
que contra tí se levanta.
Si el feudalismo declina,
no es á mi impulso debido,
que es ya un tronco carcomido
que por sí mismo se arruina.
Tal vez por un medio ruin
de mí te libertarán;
mas despues otros vendrán
que á la empresa darán fin.
Que no con mi muerte creas
borrar de mi causa el nombre:
que el verdugo mata un hombre,
mas no mata las ideas!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



CUADRO PRIMERO.

Decoracion de monte. En el fondo peñas con bajada practicable: á la izquierda un grueso tronco que sirve de puente á un precipicio, que se supone en aquel lado: bosque á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ALARCON. ENMASCARADOS.

ENM. 1.° Mucho tarda ya.
ALAR. Paciencia.
ENM. 1.° Desespera quien aguarda.
ALAR. Te desespera aguardar
á quien por ello te paga?
El negocio es de provecho;
quinientas doblas de plata
bien merecen que se sufra
alguna molestia.
ENM. 2.° Vaya!...
Ademas, que el personage...
ALAR. En cuanto á eso esta daga
así traspasa un tabardo
de tosco buriel de lana,
como una rica loriga
de seda y oro bordada.
Para mí no hay rey ni roque:
el que me paga aquel manda.
ENM. 2.° No me entendeis... El marqués

ya sabeis que tiene fama...
ENM. 1.° De hechicero?
ENM. 2.° Dios nos libre
y la Vírgen de su mágia!
Solo por temor haria
cuanto ese hombre me mandára;
tiene pacto con el diablo...
ENM. 1.° Jesucristo!
ENM. 2.° No es patraña:
os contaré...
ALAR. Punto en boca!...
aquí está!

(Aparece Villena bajando por las peñas del fondo.)

ENM. 2.° Cristo me valga!...
Si me ha oido...
ALAR. Necio, ¿cómo
desde allí...
ENM. 2.° Por arte mágica!

ESCENA II.

VILLENA. DICHOS.

VILL. Está aqui toda la gente?
ALAR. Toda, señor: gente brava,
dispuesta á todo.
VILL. Me place.
Cuidado con la jugada!
ALAR. Descuidad.
VILL. Oidme atentos.
Tú conoces ya la dama?
ALAR. La conozco.
VILL. Pues en viendo
que un momento se separa
del tropel de cazadores,
la sujetais sin tardanza,
y á mi castillo: para esto
parte de tu gente basta.
Los demas aqui escondidos
quedareis; no temais nada,
yo cuidaré de alejar
hácia otra parte la caza.

Entonces vendrá aquí ese hombre...

ALAR. Cómo conocerle?

VILL. Nada
mas fácil; yo vendré en pós,
puesta en el rostro esta máscara.
Le acometeis á una seña...

ALAR. Se defenderá.

VILL. Canalla!
no teneis ¡voto á brios! veinte
puñales contra una espada?

ALAR. Sí tal; mas para matarle
se hace ruido...

VILL. Y bien; acaba.

ALAR. Acuden, ven el cadáver,
y como á fieras nos cazan.

VILL. Todo está previsto. Antes
de matarle, en retirada
le llevais hasta ese abismo
sin fondo, donde...

ALAR. Y si pasa
sobre ese tronco de encina,
que como una puente echada
cruza de una orilla á otra,
y en la espesura se salva?

VILL. Es tan seguro ese tronco?

ALAR. Tan seguro, que no hallára
inconveniente en pasar
ahora mismo.

VILL. Y si pasáras
ahora, insensato, ese puente,
de que tan seguro te hallas,
bajo tus pies se hundiria
cual hecho de frágil caña.

ALAR. Entiendo...

ENM. 2.° (Obra del demonio!)

VILL. Id lo primero á la dama...
Gente llega... dispersaos.
Hoy logro amor y venganza!

(*Alarcon y los enmascarados se dispersan en distintas direcciones.*)

ESCENA III.

DON ALVAR. DON PEDRO MANRIQUE. *Cortesanos en trage de caza.* VILLENA.

MANR. Qué decis de la batida?
ALV. Que dura ya muchas horas.
MANR. Y las bellas cazadoras
os gustan?
ALV. Sí, por mi vida!
MANR. Tanto brioso corcel,
tantos nobles caballeros,
tantos pages y alconeros,
tanto espléndido joyel!
Qué es ver una noble dama
cabalgando en su bridon,
sobre la mano el alcon
que entre sus alcones ama;
qué al descubrirle los ojos
y lanzarle libre al viento,
manda en pós el pensamiento
que vaga en sus labios rojos?
Y al ave, que desplegando
la belleza de sus galas,
batiendo alegre las alas
se va hasta el sol elevando,
sobre su presa arrogante
caer, luchar y vencerla,
y á su señora traerla
en las uñas palpitante?
ALV. Todo eso es bello á fé mia.
VILL. Sigamos al rey, señores,
que el tropel de cazadores
que hácia aquí se dirigia,
parece se va alejando.
MANR. Es verdad.
ALV. Vamos, que es feo
y triste este sitio.
MANR. Veo
que os va la caza cansando.
(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA IV.

EL REY. ZÚÑIGA, *que bajan por las peñas.*

ZÚÑ. (*Ap.* Todos se alejan; la ocasion convida,
y tiene la ocasion solo un cabello.)
REY. Qué triste es esto!... Sin color, sin vida;
nada hay aquí agradable, nada bello:
desolacion y soledad en torno...
ZÚÑ. Y un precipicio á vuestros piés abierto.
REY. Es verdad, es verdad...
ZÚÑ. Del reino todo,
de la corte y de vos retrato cierto.
REY. Zúñiga, qué decís?
ZÚÑ. Lo que su alteza
comprende bien; aunque á sus reales ojos
espeso velo oponen los traidores,
que el mando se reparten por despojos.
REY. Y es cierto? De la mísera Castilla
tantos los males son?—Hablad; lo exijo.
ZÚÑ. Vuestro pueblo, señor, de su mancilla
por mí os presenta el memorial prolijo.
Y ved, señor, que si el dolor es suyo,
vuestro el agravio es, la causa es una;
que siempre se elevaron ó se hundieron
pueblos y reyes en comun fortuna.
En premio de servicios que prestaron
los reyes á los nobles erigieron,
y, aunque para su apoyo los crearon,
ellos á tal altura se elevaron
que el mismo trono vacilar hicieron.
Repartiéronse el reino trozo á trozo,
y llega ya, señor, su audacia á tanto,
que, al veros débil, inesperto y mozo,
intentan arrancaros sin rebozo
el último giron de vuestro manto.
En vos solo, señor, ven colocadas
Leon, Castilla, sus coronas dobles,
y son sus leyes con desprecio holladas
y sufren tantos reyes como nobles.
Mina el poder feudal la monarquia
que derrocará presto,

dando por resultado la anarquia,
presente bien funesto!
Ya está encendida la siniestra antorcha!
Guay de vuestra grandeza
si una vez mas sucumbe todavía
el trono ante el poder de la nobleza!

REY. Teneis razon: oh! sí; que harto lo veo.
Sombra de magestad, rey en tutela,
de mis pueblos el triste clamoreo
llega hasta mi, me turba y me desvela.
Don Enrique el Doliente me apellidan,
y como á niño sin razon me tratan;
creen que no puedo soportar su peso,
y el cetro de las manos me arrebatan.
No saben que á este cuerpo enfermo, débil,
unió Dios un espíritu gigante,
corazon firme, voluntad de hierro,
que cuanto emprenda llevará adelante.
Veo mi esclavitud, la siento, y quiero
la cadena romper que me aprisiona:
la ocasion favorable solo espero
de afirmar en mis sienes la corona.
Entonces, á la faz de las naciones
clavaré mis enseñas castellanas
de Granada en los fuertes torreones,
despues en las arenas africanas.
A la severa voz de mi justicia
doblará la anarquia su cabeza;
puesto esto al desman y á la malicia,
se aumentará del reino la riqueza.
Este es el bello porvenir que sueño,
este el que deben anhelar los reyes:
engrandecer su pueblo, á su ventura
contribuir y respetar sus leyes.

ZÚÑ. Os escucho, señor, y me admirára
lo que decis, cuando admirar pudiera
ver que veloz la flecha se dispara
á quien ya el arco armado tender viera.
Hace tiempo, señor, que en vuestra frente
el sello he visto con que Dios distingue
quien de su inteligencia omnipotente
un soplo recibió, que nada estingue.

Lo he visto y dije: no sufrirá el yugo
mucho tiempo su espíritu arrogante;
el vástago se hará robusta encina,
el débil niño se alzará gigante.
Y el momento llegó: de esa pandilla
de gobernantes la ambicion sin freno,
apurar hizo á la infeliz Castilla
el hondo cáliz de su afrenta lleno.
Intentan prolongar vuestra tutela
con infames manejos,
teniéndoos en pueriles diversiones
de los negocios y del mando lejos.
Y en tanto, con baldon de vuestro nombre,
vuelven los moros á probar fortuna,
y ensanchan sin estorbo sus fronteras,
y otra vez crece la menguante luna.
Y por eso la cólera divina
sobre nuestras cabezas se desploma,
y su terrible escomunion fulmina
contra vos, el Pontífice de Roma.

REY. Qué decís? Imposible!

ZÚÑ. Ved el breve
del Santo Padre, aquí.
(*Dándole un pergamino.*)

REY. (*Con terror.*) Yo escomulgado?

ZÚÑ. Vos, como el Redentor, pagais las culpas
que otros han cometido.

REY. (*Profundamente afectado.*) Desdichado!

ZÚÑ. Pura, señor, está vuestra conciencia.

REY. Ante el castigo doblaré la frente,
y aplacaré, á pesar de mi inocencia,
con pública y severa penitencia
la cólera de Dios omnipotente.

ZÚÑ. La prision del primado de Toledo
el enojo causó del Vaticano.

REY. En reponerle en los honores quedo
á que es tan acreedor. Con fuerte mano
poner espero á los abusos dique.
Quiero que sea de feliz recuerdo
el reinado benéfico de Enrique.

ZÚÑ. Es preciso, señor, obrar de acuerdo.
El plan seguro es....

BEAT. (*Dentro.*) Favor, socorro!
REY. Gente llega; apartémonos ahora:
nos veremos despues, Zúñiga, y juntos
humillaremos esa grey traidora. (*Vase.*)

ESCENA V.

FADRIQUE, *defendiendo á* BEATRIZ *contra los* ENMASCARADOS *de la escena primera.* ZÚÑIGA.

ZÚÑ. Incidente inoportuno!
BEAT. (*Saliendo.*) Oh! favorecedle vos,
caballero! (*A Zúñiga.*)
ZÚÑ. Voto á Dios!
cobardes, tantos á uno!
(*Poniéndose al lado de Fadrique.*)
FAD. Dios me valga! (*Cayendo herido.*)
BEAT. (*Desmayándose.*) Ay, desdichada!
ENM. 1.° Uno va ya.
ZÚÑ. Dos contigo. (*Tirándole una estocada.*)
ENM. 1.° Ay! (*Cayendo.*)
OTRO. Huid...

ESCENA VI.

ALARCON, *con el resto de los* ENMASCARADOS. *Después* VILLENA *enmascarado.* DICHOS.

ALAR. (*Presentándose.*) De un enemigo?
Lleváosla. (*A los suyos señalando á Beatriz.*)
ZÚÑ. Con mi espada
primero...
ALAR. Tened prudencia...
nada os va en esto; idos luego:
quién os manda en tan mal juego
arriesgar vuestra existencia?
ZÚÑ. Vive Cristo!
ALAR. Os lo aconsejo.
ZÚÑ. Venid á matarme pues!
ALAR. Como no tengo interés
en daros la muerte, os dejo.
VILL. Ese! (*Haciendo una señal desde las peñas.*)

ZÚÑ. Cobarde traicion!
VILL. Ese es!
ALAR. (¿Cómo imaginar...)
VILL. (Él mismo se vino á entrar
en la boca del leon!)
ALAR. A él!...

(*Los enmascarados acometen á Zúñiga. Algunos se llevan á Beatriz.*)

ZÚÑ. (En un lazo he caido!) (*Defendiéndose.*)
ALAR. Retiradle hácia ese lado.
ZÚÑ. (Hácia el puente... estoy salvado!)
VILL. (Al abismo... está perdido!)
ZÚÑ. (Si el mismo infierno se opone
me salvaré.)
ALAR. Un paso mas,
y es muerto.

(*Al llegar cerca del abismo salta Zúñiga sobre el puente, que se hunde con estrépito.*)

ENM. 2.° Hundióse detrás
el puente!!
ALAR. Dios le perdone!

ESCENA VII.

VILLENA. ALARCON. ENMASCARADOS.

VILL. Necio! al querer afrontar
cara á cara mi poder,
no llegaste á conocer
con quién ibas á luchar?
Tu orgullo vano pensó
derrocarme de mi altura...
mira cuál fué tu locura
cuando asi te despeñó.
La marcha de mi destino
parar quisiste, y tu suerte
ha sido venir á hacerte
pedazos en mi camino!
ALAR. El rey viene por allí...
VILL. Si yo... feliz pensamiento! (*Reflexionando.*)
Dispersáos al momento...
(*A los enmascarados.*)

Tú, Alarcon, quédate aquí...
De nadie eres conocido
y ayudarás mi intencion...
Grita conmigo... Traicion! (*Gritando.*)
ALAR. Socorro! (*Lo mismo.*)

ESCENA VIII.

EL REY. EL CONDE DE NIEBLA. DON PEDRO MANRIQUE. DON ALVAR. CORTESANOS *y* MONTEROS. VILLENA. ALARCON.

REY. Qué ha sucedido?
VILL. Desgracia horrible, señor!
REY. Hablad, marqués. Qué ha pasado?
VILL. Bajaba por ese lado
con este fiel servidor,
cuando una voz á mi oido
llega, que socorro clama:
me apresuro; veo una dama
desmayada; acometido
de muchos enmascarados
un bizarro caballero,
á quien no basta un acero
para tantos desalmados,
y que dando de heroismo
mil pruebas inútilmente,
fué rodando de ese puente
hasta el fondo del abismo.
TODOS. Qué horror!
VILL. De cólera llenos
al ver tanta alevosía,
bajamos por si cabia
salvar á la dama al menos;
mas del monte las malezas
nuestros pasos detuvieron,
y con ella traspusieron
en tanto esas asperezas.
REY. Y quién era el desdichado?
VILL. El de Zúñiga, señor.
REY. (Oh! mi leal servidor...
por mí te has sacrificado!)
NIEB. El de Zúñiga!... por Dios

que era un noble caballero.

VILL. Mi amigo mas verdadero.

ALV. Pienso en todo como vos.

MANR. Horrible muerte! infeliz!
Y la dama?...

VILL. Siento dar
al conde tan gran pesar:
era... su hija Beatriz.

NIEB. Mi hija!... Beatriz!... Dios mio!
Ved, Villena, lo que hablais,
que el alma me destrozais...
Esto es solo un desvarío!
Decidme que no es verdad,
que os engañásteis, marqués.

VILL. Ah! no; por desgracia es
una triste realidad.

NIEB. Realidad!... Dios soberano!
así de mí os olvidais,
que á mi edad me condenais
á dolor tan inhumano!

MANR. Otro hombre muerto hay aquí.

ALAR. Era... el gefe de esa gente.

ALV. Fadrique de Benavente!
(*Acercándose y reconociéndole.*)

VILL. (Fortuna, ayúdame así!)

NIEB. Benavente! ya comprendo!
para asegurar su accion
fué la reconciliacion...
me estaba un lazo tendiendo!
Oh! qué traidora malicia!...
Con tan infame vileza
se ultraja así mi nobleza?
Justicia, señor, justicia!
(*Cayendo á los piés del Rey.*)

REY. Alzad; que si habeis razon,
justicia se hará, y en breve.

MANR. (*Que se ha quedado con don Alvar junto á Fadrique.*)
No está muerto; aunque muy leve,
siento su respiracion.

ALV. Llevémosle donde pueda
los socorros que su estado

pide, alcanzar.
REY. Confiado (*A los dos.*)
á vuestra custodia queda.
(El alma me despedaza
de Zúñiga el fin sangriento!)
ALV. Ha tenido en un momento
buena conclusion la caza.
(*Se van todos, llevando á Fadrique en brazos de algunos monteros.*)

ESCENA IX.

VILLENA. NIEBLA.

NIEB. Y á mi, quién me volverá
mi hija, mi pobre hija!
VILL. Nada, buen conde, os aflija;
todo remedio tendrá.
Mi poder muy grande es,
y el reino revolveremos
hasta que con ella demos.
NIEB. De mi esperanza, marqués,
el horizonte se ensancha;
mas, ¡ay, que este ruin ultrage
oscurece mi linage
con una indeleble mancha!
VILL. De vuestra hija, quién villano
á la limpia fama osára?
Yo mismo no vacilára
en honrarme con su mano.
Si tal dicha me otorgais...
NIEB. Cómo?...
VILL. Lo que siento os digo.
NIEB. Entonces, marqués amigo,
es vuestra si la encontrais. (*Vase.*)

ESCENA X.

VILLENA.

Beatriz será mi esposa...
Realizo asi mi esperanza,
y gano con esta alianza

familia tan poderosa...
Oh! no temo cosa alguna
con tan propicio destino:
ya tengo franco el camino,
y en pós llevo la fortuna.
Muerto Zúñiga, Fadrique
mal herido, en mi mansion
ella, ¿quién de mi ambicion
al torrente pondrá dique?
Nadie: fio en mi entereza,
y está la suerte en mi abono:
yo haré que dé sombra al trono
el dosel de la nobleza.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Cámara de don Enrique de Villena. En el fondo tres puertas; la del centro, que dejará ver á su tiempo un salon dispuesto para un festin; la de la derecha, que comunica con el esterior, y la de la izquierda secreta: otras dos laterales. Libros, instrumentes cabalísticos, y redomas distribuidas oportunamente por toda la estancia, que estará alumbrada por una lámpara colgada del techo.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, *con antifaz.* ALARCON. ZÚÑIGA, *tambien con antifaz, en el fondo.*

ALAR. Mucho me ofreceis, señor,
y al que mas paga me vendo;
no obstante, son tantos cabos
los que ya tiene este enredo,
que dudo...

REY. En mil doblas de oro
te compro cada uno de ellos.

ALAR. Mil doblas! Ni el de Villena,
el mas rico caballero,
se atreviera á ofrecer tanto.

REY. Pues yo cumplo lo que ofrezco,
y repito que mil doblas
te valdrá cada secreto.

ALAR. (A cada palabra suya
mi admiracion va creciendo.) (*Aparte.*)
No sé quién sois en verdad;
mas me obliga vuestro acento.
Os serviría... y con todo,
no hacemos nada: lo siento.
Estimo vuestra largueza;
mas me paga bien mi dueño.

y ademas, estoy con él
de la justicia á cubierto.

REY. Fias tanto en su poder?

ALAR. Por grande que sea el vuestro,
nunca al suyo igualará,
pues no halla igual en el reino.

REY. Ni aun al del rey comparado?

ALAR. Al del rey?...—Niño y enfermo
nuestro monarca, hoy no piensa
mas que en divertir sus duelos,
sin mirar si amengua ó no
de su trono el brillo escelso.
La caza es su único afan,
su único goce, y por cierto
que rey que tan poco vela
por la dicha de sus pueblos;
que tampoco por sí mismo
busca á los males remedio,
y en fin, tan poco celoso
se muestra de sus derechos,
mal en la comparacion
podrá sostener su puesto.

REY. Es decir que en mas le tienes...

ALAR. Si; que en mas que al rey le tengo,
pues si de derecho no,
es en Castilla rey de hecho.

REY. (*Descubriéndose.*)
No hay otro rey en Castilla
que el rey Enrique tercero.

ALAR. Vos!... (*Arrodillándose.*)

REY. Yo!...—Alza, y habla del rey
otra vez con mas respeto,
que, aunque mucho le desdoren
los que le usurpan el cetro,
siempre es la imágen de Dios
cuando es justo con sus pueblos!

ALAR. Oh, señor!... yo no creia...
perdonad mi atrevimiento.
Os pintan los que os rodean
tan débil y sin consejo...
Vive Dios que nos engañan,
y bien la razon comprendo.—

Disponed de mi existencia:
mi brazo y puñal son vuestros.

REY. No necesita puñales
la causa que ampara el cielo.
Los planes del de Villena
es lo que saber deseo.

ALAR. Sobre el trono alzar los nobles
es su afan, su único objeto,
y para ello osado, ardiente,
mil resortes pone en juego.
Ya hoy, por mi esfuerzo y trazas,
su rival Zúñiga ha muerto:
entre Niebla y Benavente
que sus rencores eternos
olvidaban con la union
de sus hijos, el veneno
de otra discordia mas fiera
sagaz derramar ha hecho:
con promesas seductoras,
con bellos ofrecimientos,
tambien los procuradores
quiere traer á su afecto;
y por último, á los pocos
que aun al olvido no dieron
la estension de sus deberes,
despues del festin soberbio
quiere mandar á una torre,
para lo cual aqui espero.

REY. Bravamente el de Aragon
de su rey paga el afecto.
Oh, no tendrá que quejarse
el buen Alonso su abuelo,
que, por mas hábil que él,
le trajo á ocupar su puesto.
—Y ahora bien: no me dirás
con Beatriz qué es su intento,
despues que ya en Calatrava
solicitó el alto empleo
de Gran Maestre?

ALAR. Señor,
que á Beatriz ama entiendo,
y que apagará por ella

todo otro ambicioso anhelo.

REY. Incomprensible es ese hombre!
Y cuál es, dime, su encierro?

ALAR. Lo ignoro, señor.

REY. Lo ignoras?

ALAR. Como piensa sus empeños
santificar, parecióle
que era su deber primero
guardar de su amor la honra,
y condújola á un convento.

REY. Y á cuál convento?

ALAR. No sé;
que otros á llevarla fueron.

REY. Está bien. Toma. (*Dándole un bolsillo.*)

ALAR. Señor... (*Rehusando.*)

REY. Ten: yo cumplo lo que ofrezco.
La última vez te has vendido:
con el oro que te entrego,
mirando á tu salvacion,
te compro y rescato á un tiempo;
pero otra vez no te vendas,
por tu bien te lo aconsejo,
porque entonces, vive Dios,
te rescatará el infierno.
Ahora llévanos al sitio...

ALAR. Entrad...
(*Abriendo la puerta secreta del foro.*)

REY. Bien.—Zúñiga...

ALAR. Cielos!
Zúñiga dijisteis!

REY. Sí.
Qué te espanta?

ALAR. Pues no ha muerto?

ZÚÑ. (*Acercándose.*) No: para bien de Castilla,
para mal de los perversos!

ALAR. Os miro, y estoy dudando.

ZÚÑ. Razon tienes para ello.

ALAR. Y á no ser porque el marqués
tiene solo de hechicero
la fama, creería...

ZÚÑ. Que
yo tambien la mágia ejerzo

y me salvé por encanto?
Pues, Alarcon, nada de eso.
Tras el puente, como visteis,
me hundí con horrible estrépito,
mas á diez piés, como hombre
que conocia el terreno,
de un tronco me así robusto,
y gané fuerzas y tiempo:
libre ya del gran peligro
de la caida, á lo menos,
me dí á buscar una escala,
colocada allí de intento
para otros amigos mios,
y paso á paso, en silencio,
por ella fuí descolgándome
y hasta el fondo llegué ileso.

ALAR. Y allí!... (*Admirado.*)

ZÚÑ. Y allí, entre las quiebras,
el paso encontré encubierto
á la cueva en que se juntan
los enemigos sin cuento
que burlan del de Villena
los planes mas bien dispuestos.

ALAR. Cada vez me asombro mas!

ZÚÑ. Y allí tambien está el médico
Abenzarsal de Fadrique,
la herida reconociendo.

ALAR. Vive él tambien?...

ZÚÑ. Si por cierto.
Qué, te pesa no tener
esos dos crímenes menos
sobre tu conciencia?

ALAR. No.
Me ofendeis, buen caballero;
pásmame, no me entristece.
He estado por mucho tiempo
apartado del camino
de la virtud; mas á él vuelvo:
y, en prueba de que es del alma
mi pronto arrepentimiento,
corro á unirme á los parciales
fieles á Enrique tercero,

que hacen la guerra á Villena
con leal y noble aliento,
y á sellar si es menester
con sangre mis juramentos.

REY. El cielo te premiará
si son tus votos sinceros
cual dices.

ALAR. A Dios, señor;
habeis henchido mi pecho
de valor y de grandeza,
habeis dado luz al ciego,
y á pagaros voy leal
tanto favor como os debo. (*Vase.*)

ZÚÑ. Vos tambien aquí os quedais?

REY. Sí, Zúñiga; aquí me quedo
á vez y oir por mi mismo
lo que á creer no me atrevo.

ZÚÑ. Mas no bastára yo solo...

REY. No bastáras.—Guia adentro.

(*Éntrase Zúñiga por la puerta secreta.*)

ESCENA II.

EL REY.

Quiero rasgar el velo que ha podido
la verdad tantos tiempos ocultarme,
del corazon leer en lo escondido
y en sus hondos misterios iniciarme;
quiero ver la traicion cómo ha cundido,
quiero á su encuentro con valor lanzarme,
y ver en qué fundó su negro encono
esa grey que de muerte amaga al trono.
Su victoria señal fuera mañana
de guerra inevitable y de anarquía:
de Dios la regia potestad emana,
que el pueblo siempre necesita un guia;
él me dará su ayuda soberana,
que nunca niega á quien en él confia,
y postraré en mitad de su camino
el carro triunfador de su destino!
Mas si, al buscar un freno á sus desmanes,

con fortuna mas fiel, sinó mas brio,
siega la flor de mis risueños planes,
y al fin á su poder sucumbe el mio,
que diga el mundo en premio á mis afanes:
«quiso al trono volver su poderío;
si cayó al sustentar causa tan bella
la culpa no fué de él, fué de su estrella!»
(*Vase por la misma puerta que Zúñiga.*)

ESCENA III.

DON ALVAR. EL ARZOBISPO DE SANTIAGO. DON PEDRO MANRIQUE. *Caballeros.* JIMENO.

JIM. (*Introduciéndolos.*) El marqués no tardará.
ALV. Estoy, vive Dios, molido!
MANR. Pues qué, tanto habeis corrido?
ALV. Eso Fadrique dirá;
digo, no dirá si ha muerto.
El y Zúñiga!... á fé mia
que ha sido aciago este dia!
MANR. Infeliz Zúñiga!... Cierto!
ALV. San Francisco! (*Reparando en la estancia.*)
MANR. Qué os sucede?
ALV. Por la Cruz que no sabia
al entrar dónde lo hacia!
SANT. Mas, estais temblando!
ALV. Puede!
Y tengo razon por cierto.
Segun cuentan, aquí es (*Con misterio.*)
en donde tiene el marqués
con los diablos su concierto.
Todo es obra de Belial...
Ved, qué librotes!...
SANT. Dais grima...
Son del arte de la rima.
ALV. Cuánta maquina infernal!
MANR. Vos delirais.
ALV. No deliro.
Nada á estas puertas ois?
MANR. Nada oigo.
ALV. Sordo venis.

(*Escuchando.*) Suspiran!... Ay, no respiro.

MANR. Callad.

ALV. Mirad que me fundo.
Veis tanta redoma en tierra?
pues en cada una se encierra
una alma del otro mundo.
Me voy.

MANR. Os vais?

ALV. Sí: harto he visto.

TODOS. No os vayais.

ALV. Y he de esponerme...
No: no puedo detenerme.

ESCENA IV.

VILLENA. DICHOS.

VILL. Por qué? decid.

ALV. Jesucristo!

VILL. A lo que alcanzar yo puedo
no os es grata la sorpresa...
Si mi aparicion os pesa...

ALV. Lo que me pesa es el miedo.

VILL. Tal vez del vulgo villano
dais á las patrañas fé;
mas del miedo os curaré...

ALV. Cómo?

VILL. El medio está en la mano.

(*Abre el marqués las puertas del fondo, y déjase ver una mesa magníficamente cubierta.*)

TODOS. Golpe de vista esplendente!

MANR. Magnificencia oriental!

ALV. Nunca disfrutóle igual
el pobre Enrique el Doliente.

VILL. Id... y en tanta maravilla
ahogad la necia inquietud
brindando por la salud
del mágico de Castilla!

(*Don Alvar, Manrique y cortesanos se entran á la sala del festin, cerrándose tras ellos la puerta grande del fondo.*)

ESCENA V.

VILLENA. EL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

VILL. Esta vez de nuestro afan
podremos tocar el fin;
desde ese regio festin
para una torre saldrán.
SANT. Ved qué se dirá...
VILL. No importa.
SANT. Que es ademas arriesgado...
VILL. Tengo mi plan bien trazado,
y si hay lucha será corta.
SANT. Mas si os cerca la traicion...
VILL. En que es posible convengo;
pero previsto lo tengo...
(*Señalando las dos puertas laterales y la secreta del fondo.*)
Tres bocas abre el dragon!
Allá les espera el yugo,
mas si pugnan, por su mal,
les aguarda aqui el puñal...
allí el hacha del verdugo.
SANT. Pero si mediase el rey...
VILL. Nada hay que mi intento tuerza:
tengo la ley de la fuerza,
y la fuerza de la ley.
Cierto es el triunfo, don Juan;
caerán todos los traidores,
y de los procuradores
nuestros los votos serán:
de Roma conseguiremos
aplacar el justo encono,
y nunca mas ante el trono
la rodilla doblaremos.

ESCENA VI.

DICHOS. DON ALVAR. MANRIQUE. *Los cortesanos, que vuelven á salir.*

ALV. Hallar mesa es imposible

de gusto mas regalado.
MANR. Se habrá el oro derramado
con profusion increible!
Qué de aúreos pebeteros,
qué de esquisitos manjares,
qué de vinos singulares,
qué vagilla, qué floreros!
ALV. Sino hay de elogiarlo modo;
y eso que yo soy muy ducho...
Pero va á gustarme...
VILL. Mucho:
y los postres sobre todo.
ALV. Segun eso nos teneis
otra sorpresa...
VILL. Quién sabe?
ALV. Será bella cuanto cabe.
VILL. A los postres me direis.
ALV. No habrá sortilegio?...
VILL. Acaso.
ALV. Qué decís!...
VILL. Volveis al miedo?...
ALV. Os confieso que no puedo...
VILL. Id, don Alvar; no hagais caso.
(*Éntranse todos al festin, menos Villena.*)

ESCENA VII.

VILLENA.

Sortilegio... pobre gente,
que ignora que hay mas allá,
mas pasado ni presente
que aquello á que facilmente
formas y colores dá!
Que en la fuente del saber
no aclaró su entendimiento,
y á cuanto ella dá ser
efecto lo viene á hacer
de un diabólico portento!
Oh! en otro siglo nacido,
muchos siglos adelante,
¡vive Dios! que hubiese sido

mas qne un monarca querido,
don Enrique el Nigromante.
Pero en esta edad de malla,
en que es la ciencia irrisoria,
y en ganar una batalla
y asaltar una muralla
se cifra toda la gloria;
ó ha de resignarse á ser
un réprobo miserable
que odia el vulgo sin temer,
ó al mundo tiene que hacer
guerra cruel é interminable.
Por esto me he decidido,
que para mandar nací:
en noble cuna mecido,
la nobleza fué el partido
al que mi brazo ofrecí.
Y por Dios, que, aunque mas griten
que el feudalismo se arruina,
y aunque mas le precipiten,
y contra él al pueblo irriten
y halle tumba en Palestina,
he de hacer, fiel en la senda
que me traza el heroismo,
que, por fin de la contienda,
otra vez sus alas tienda
sobre el trono el feudalismo.
(*Pausa.*)
Todo esto se logrará;
pero la paz de mi alma
mas y mas se alejará,
porque no así alcanzará
de amor la florida palma.
Sangre costó, por mi vida,
su dudosa posesion,
sangre que, á traicion vertida,
cayó desde la ancha herida
ardiendo en mi corazon!
Zúñiga!... Fadrique!... creo
oir de su acento el rumor,
y en aire amenazador
sus sombras alzarse veo.

Y en vano clamára á fé
que burlaban mi esperanza...
contra mi piden venganza,
Contra mí... que los maté!
Mas... supersticion pueril!
Yo el asesino de un hombre?
Quién manchará mi buen nombre
con imputacion tan vil?
Quién sostendrá tal mancilla
contra el marqués de Villena?

ESCENA VIII.

VILLENA. ZÚNIGA, *cubierto el rostro.*

ZÚÑ. Yo!
(*Apareciendo en la puerta secreta.*)
VILL. Cielos!
ZÚÑ. Con faz serena
lo sostendré ante Castilla.
VILL. Y quién sois vos, desgraciado,
que tan temerariamente
del marqués, primer regente,
penetrais en el sagrado?
(*Zúñiga se quita el antifaz. Villena con supersticion.*)
Oh! Zúñiga!... Aparta, sombra!
—Triste delirio no fué...
—No fui yo quien te maté...
Oh! que tu aspecto me asombra!
ZÚÑ. Tened; ó váisme á inspirar
compasion y risa al fin...
Me citásteis á un festin,
y no os quise desairar.
En esto, qué os maravilla?
O en duendes irá á creer
el hombre de mas saber
con que hoy se cuenta en Castilla?
VILL. Mas si, desgraciadamente
no hallando á salvaros modos,
os vimos hundiros todos
al abismo desde el puente...
ZÚÑ. Si; todos fuisteis testigos...

mas mi suerte, que no es mala,
me deparó allí una escala...
y en el fondo á mis amigos.

VILL. (Maldicion!) Pero despues
que perderme habeis querido,
el que aquí no os ha traido
mi convite claro es:
y por tanto, ansioso espero
me digais á qué venís.

ZÚÑ. Muy justo es lo que pedís.
Por Beatriz... lo primero.

VILL. Por el Dios que creó el mundo!
Zúñiga, acaso creeis...

ZÚÑ. A estorbaros que apreseis
los regentes... lo segundo.

VILL. Toleraros mas no quiero,
aunque en mi casa es de ley...

ZÚÑ. Y á que proclameis al rey
mayor de edad... lo tercero.

VILL. Y lo cuarto, en mi despecho,
á que sin mas dilacion
os arranque el corazon!

ZÚÑ. Si podeis, será bien hecho.

VILL. Quién lo estorbará?... En mis manos
estais... vuestra muerte es cierta.

(*Dirigiéndose á la puerta por donde salió Zúñiga.*)

ZÚÑ. Oh! no llameis á esa puerta:
no os responderán.

VILL. Villanos!
Ni asi gente ha de faltar
que os haga el polvo morder.

ZÚÑ. Muy dificil ha de ser.

VILL. Por Dios, que lo he de probar.

ZÚÑ. Oh! don Enrique, tened;
si el furor os enagena,
vengaos en hora buena;
mas como noble, lo haced.
Seguid mi ejemplo. Yo os juro
que cuando asi os combatia
fiel, á mi causa servia
de que era justa; seguro.
Si en que lo es la vuestra, vos

teneis tanta confianza,
probádmelo con la lanza,
dígalo el juicio de Dios.

VILL. Un duelo!... Loco sin duda
el infortunio os ha vuelto...
vuestro fin está resuelto...
ni de Dios váleos la ayuda!
Jimeno! (*A la puerta de la derecha.*)

ZÚÑ. A fé que no di
con este segundo lazo;
mas lo que no pueda el brazo,
hágalo la astucia aquí. (*Se cubre el rostro.*)

(*Por la puerta de la derecha salen á la voz de Villena, algunos hombres armados que acometen á Zúñiga, quien se defiende con su espada. Al ruido salen todos los convidados. Despues aparece el rey.*)

ESCENA IX.

DICHOS. *Algunos hombres armados.* EL ARZOBISPO DE SANTIAGO. MANRIQUE. DON ALVAR. CONVIDADOS. *Despues* EL REY.

VILL. Muera!

TODOS. Qué ocurre, marqués? (*Saliendo.*)

VILL. Es un traidor, un espía,
que á Tenorio nos vendia.
Maniatadle. (*A los suyos, que acometen.*)

ZÚÑ. Hazaña es! (*Defendiéndose.*)

ALV. Por San Pablo, y cómo embiste!

SANT. (A un hombre solo! Oh, vergüenza!) (*Vase.*)

VILL. Y permitireis que os venza?

ZÚÑ. Torpe verdugo escogiste! (*Arrinconándolos.*)

ALV. A él todos. (*Los convidados acometen á Zúñiga.*)

ZÚÑ. Eso anhelaba. (*Descubriéndose.*)

TODOS. Zúñiga! (*Retrocediendo espantados.*)

ALV. Está con Villena,
no menos que un alma en pena!
Por eso así peleaba!...

VILL. Qué decís?

ALV. El hechicero
de sus sepulcros evoca

los muertos!... Huir nos toca...

(*Al volverse para huir ven al rey al dintel de la puerta secreta, donde habrá aparecido algunos momentos antes.*)

(*Al ver al rey.*) La sombra de Juan primero!
Huyamos... (*Huyen todos.*)

ESCENA X.

EL REY. VILLENA. ZÚÑIGA.

REY. (*Viendo huir á los nobles.*) Me maravilla,
vive Dios, tanta bajeza!

ZÚÑ. Esa, esa es, señor la nobleza
que os representa en Castilla!!

VILL. (Y por tal humillacion
pasaré?... Jamás!) Salid.

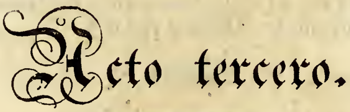
(*Llamando á la puerta de la izquierda, por la que salen un juez y soldados.*)

A Zúñiga conducid,
por rebelde á una prision.

REY. Osais delante de mi?...

VILL. Lo exige el bien del Estado.
Vuestro Consejo ha mandado
por traidor prenderle así;
y, aunque mas deba del rey
acatarse la grandeza,
todos doblan la cabeza
ante el fallo de la ley!

FIN DEL ACTO Y CUADRO SEGUNDO.



Salon del alcázar de Burgos, con grandes puertas en el foro, que abiertas á su tiempo dejarán ver la sala del trono. A la izquierda del actor, la puerta que conduce á la torre que sirve de prision á don Diego Lopez Zúñiga: á la derecha la que comunica con el esterior: una ventana en primer término. Sobre una mesa cubierta y blasonada habrá un reloj de arena y recado de escribir. Sillones y muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

VILLENA. DON PEDRO MANRIQUE.

MANR. Con que nos tienen cercados?
VILL. Anoche nos sorprendió
con sus parciales Tenorio;
y solo la prevision
y tino que el arzobispo,
vuestro tio, desplegó,
de la ciudad á las puertas
los detuvo.
MANR. Voto á brios!
¿Intentaban...
VILL. Sorprendernos:
y, una vez en posesion
de la ciudad, desarmar
nuestras gentes, á favor
de las sombras de la noche;
libertar de su prision
á Zúñiga; y al momento

proclamar al rey mayor,
para humillar la nobleza.
MANR. Infernal combinacion!
Sabeis, marqués, que el plan era...
VILL. Por dicha se les frustró.
Dado el primer golpe en vago
no lograrán su intencion,
que, aunque ellos nos cercan, tengo
medios de defensa yo.
Es nuestra gente bastante,
y fio en la decision
del de Santiago, que el muro
de guarnecer se encargó.
Tengo á Zúñiga ademas
en mi poder, y por Dios,
que es una prenda importante,
el mas firme campeon
del partido de Tenorio,
que, aunque este lleva la voz,
solo obedece de Zúñiga
la atrevida inspiracion.
Él fué quien por mucho tiempo
astuto, audaz, previsor,
ganándome por la mano
mis planes desbarató.
Él quien, por medios que ignoro,
desde su misma prision
contra nosotros, don Pedro,
todo el reino levantó.
MANR. Pues con tantas demasías,
habiéndose hecho acreedor
á la pena que merecen
los reos de alta traicion,
¿cómo ya, severamente,
el rey no le castigó?
VILL. El rey se ha opuesto, hasta ahora,
al juicio y ejecucion
de Zúñiga.
MANR. No comprendo
de ese interés la razon.
VILL. La causa del rey, Manrique,
no es la de los nobles, no.

El dia en que pueda el rey
gobernar como mayor,
vereis cómo nos arranca
nuestros privilegios.

MANR. ¡Oh!...

No osará Enrique el Doliente...

VILL. No le conoceis cual yo.

ESCENA II.

JIMENO. DICHOS. *Despues* UN HERALDO *y* GUARDIAS.

JIM. Señor marqués, un heraldo
que del campo sitiador
el arzobispo Tenorio
á las puertas envió,
con parlamento importante,
segun dijo, para vos,
con una venda en los ojos
la ciudad atravesó,
y aqui está.

VILL. Que entre al instante.

(*A una señal de Jimeno entran el Heraldo y los Guardias.*)

Sed breve. (*Al Heraldo.*)

HERALDO. (*Desarrollando un pergamino.*)
Escuchad, señor.

(*Lée.*) «Nos, don Pedro Tenorio, arzobispo primado de la Santa y Metropolitana iglesia de Toledo, etc.; á vos don Enrique de Aragon, marqués de Villena, sabed: que os tenemos sitiado con las fuerzas reunidas de estos reinos y señoríos, en cuyo nombre y en el del bien general solemnemente os intimamos: que, despojándoos del poder que el difunto rey (Q. D. H.) otorgó en su testamento á vuestro abuelo don Alonso como á miembro de la regencia, cargo que vos desempeñais por él, y del que despues arbitrariamente os habeis abrogado, vengais en hacer cesar la minoría del rey don Enrique III, cuya proclamacion desean sus fieles vasallos, que no pueden obedecer sus órdenes en el estado de cautividad en que le teneis, en mengua de la corona. Si tal hiciéreis, todas vuestras dignidades y honores os serán conservados; pero si

antes de las tres de la tarde no habeis retirado de las puertas de la ciudad las guardias de vuestros parciales, y puesto, otro si, en libertad al noble don Diego Lopez Zúñiga, que teneis preso, la ciudad será entrada por fuerza de armas, y la sangre que se derrame caerá sobre vuestra cabeza.»

VILL. Es ese vuestro mensage?
por Cristo crucificado
que no sé cómo he escuchado
hasta el fin tan ruin ultraje!
A mí hacerme intimaciones!
¿Estoy ¡vive Dios! vencido,
para que así hayan creido
imponerme condiciones?
Volved á vuestro señor,
y decidle, en nombre mio,
que no doblegan mi brio
amenazas de un traidor,
que está fuera de la ley
como rebelde, que osado
ha hecho armas y ha levantado
pendones contra su rey.
Que si me obliga á la lid,
la lucha será bien corta;
mas que á Tenorio le importa
no provocarla, decid.
Que tal es mi voluntad;
si la desprecia arrogante
y sus huestes al instante
no aleja de la ciudad,
por Dios le juro, y no en falso,
que las tres al señalar,
hora que él quiso fijar,
irá Zúñiga al cadalso.
Idos ya.

(*El Heraldo, Manrique y Guardias se van por la derecha.*)

JIM. Señor marqués,
del de Santiago este pliego.

VILL. Bien está.—A Zúñiga luego
de la torre bajareis.

ESCENA III.

VILLENA.

(*Leyendo la carta que le entregó Jimeno.*) «Amigo marqués, salud: la confianza de los sitiadores es tal, que no puede ponderarse: á las tres quieren dar el asalto, proclamar la mayoría del rey y libertar á Zúñiga, de quien, no sé como, reciben todas las inspiraciones y son todos los planes; pero ignoran que á esa hora estará el arzobispo don Pedro Tenorio en mi poder. Sí, sabedlo: estoy en trato con uno de sus capitanes de mas confianza, quien ha prometido entregármele á trueque de hacerle señor de un castillo. El repique de las campanas os anunciará que esta empresa se ha llevado felizmente á cabo, y que ya entra prisionero en la ciudad.—Vuestro amigo don Juan Manrique, arzobispo de Santiago.»

(*Acabando de leer.*)
No son ilusiones vanas?
Tenorio en nuestro poder...
Y esta nueva hará entender
el doble de las campanas?...
Oh! bien, muy bien! Levántate, Castilla,
contra el poder feudal, dáte otras leyes;
y estúpida entre tanto la rodilla
ante el trono á inclinar vé de tus reyes.
Hunde á los nobles en el polvo vano,
y engrandece á los tronos con empeño,
rompe nuestra espresion con fuerte mano;
qué lograrás al fin? Cambiar de dueño.
Pero no vencerás: hoy al verdugo
de Zúñiga abandono la cabeza,
prendo á Tenorio, y otra vez el yugo
sufrirás del poder de la nobleza.

ESCENA IV.

ZÚÑIGA, *acompañado de* JIMENO, *que se retira por la derecha á una seña de Villena.*—VILLENA.

ZÚÑ. Me mandásteis llamar, por vida mia,

en ocasion...
VILL. Ocupacion muy grave
sin duda en la prision os distraia.
ZÚÑ. Cierto, marqués: que desde la alta torre,
en que, gracias á vos, habito ahora,
un campamento militar veía
que el sol ardiente con su luz colora.
VILL. Y era eso lo que tanto os complacia?
ZÚÑ. Ante mis ojos la ciudad entera
y la orilla del Duero se estendian;
y en vez allí de las silvestres flores,
que forman en la plácida ribera
tapiz de cien colores,
al viento las banderas ondulaban,
los hierros de las lanzas relucian,
yelmos y escudos de bruñido acero,
formando un mar de luz, resplandecian.
Y era que en ordenados escuadrones,
siguiendo de Castilla los pendones,
cien valientes mesnadas,
contra vos por Tenorio levantadas,
se aprestaban entonces al combate.
Yo os creía defendiendo el muro.
VILL. Ah! Vos juzgais que mi valor se abate?
Zúñiga, nunca estuve mas seguro.
ZÚÑ. Bien, marqués, admirable confianza!
Seguro!... Cuando os tienen encerrado
como á una fiera en su postrer asilo,
y cuando no teneis otra esperanza
que algun medio intentar desesperado,
cruzais los brazos y aguardais tranquilo?
VILL. Oh! búrlate, insensato!... Yo sí, Zúñiga,
que de tu loca presuncion me rio.
Tan fácil juzga tu impotente audacia
de un golpe derrocar mi poderio?
Há poco, al contemplar esas legiones
en que tu suerte y libertad fiabas,
tal vez, al sonreir tus ilusiones,
con ovacion magnífica soñabas.
Mas se destruye el edificio falso
que sin cimiento tu ambicion sustenta,
hoy que será el camino del cadalso

tu postrera ovacion triste y sangrienta.

ZÚÑ. Villena, si intentais amedrentarme
con amenazas, de la empresa vana
desistid.

VILL. Amenazas!... Créeme, Zúñiga,
no luce para ti el sol de mañana!

ZÚÑ. Tal vez será, si vos traidoramente
mandáisme asesinar, allá, en la torre,
haciendo que algun filtro de los vuestros
las rojas manchas de mi sangre borre;
mas al cadalso... El rey solo á los nobles
puede juzgar, y el rey no me condena,
que sabe bien, marqués, que no merezco
por serle yo leal tan dura pena.

VILL. Bien, Zúñiga, admirable confianza!
ahora yo, á mi vez, tambien os digo;
mas si en el rey fundais vuestra esperanza
pronto á desvanecérosla me obligo.
El rey que, cada dia mas enfermo,
rehusa tomar parte en los negocios,
me deja á mi el gobierno del estado,
y se divierte con pueriles ocios.
Yo solo mando; y cuando en vuestro nombre
se levantan los pueblos de Castilla,
que por traidor al trono y por rebelde
os condene á morir, os maravilla?
Que puedo cuanto quiero os es notorio:
la muerte sufrireis, no hay otro medio,
si al ser las tres, cual le intimé, Tenorio
no desistió del comenzado asédio.

ZÚÑ. Oh! no desistirá; que tendrá en cuenta
la salvacion del reino y no la mia.

VILL. Si á la vuestra aspirais, Zúñiga, os queda
un medio todavía:
Al de Toledo aconsejad vos mismo
que se retire al punto; y á este precio...

ZÚÑ. No compro yo mi vida con mi honra:
la salvacion que me ofreceis desprecio.

VILL. Os concedo una hora
para pensarlo bien; de vuestra suerte
árbitro sois. Aqui podeis quedaros:
decidid vuestra vida, ó vuestra muerte.

ESCENA V.

ZÚÑIGA.

La muerte!... al arrojarme en la árdua lucha
hice ya de mi vida el sacrificio...
Solo me pesa, ¡vive Dios! que deba
morir como traidor en un suplicio.
Cómo traidor!... Del sólio la grandeza
sin fuerza, sin poder se desplomaba,
y con sus mismas ruinas la nobleza
la torre de su orgullo levantaba.
Un rey de noble corazon, mas débil,
bajo sus piés veia el hondo abismo
en que iba á hundir su vacilante trono
con un esfuerzo mas el feudalismo.
Con los nobles se unía la regencia,
que su intencion de engrandecerse abona;
noble soy yo tambien, pude con ellos
los despojos partir de la corona.
Mas no fué así: del jóven soberano
para ensalzar la potestad suprema,
quise ayudarle con robusta mano
los pedazos á unir de su diadema.
Por él luché con incesante anhelo
atrayendo á los nobles, levantando
el pueblo castellano, y de Villena
el odio y el poder desafiando.
Ahora inflexible, por saciar su encono
muerte me dará, sí; mas no infecunda
mi sangre quedará, brotando de ella,
á la sombra benéfica del trono,
era de paz consoladora y bella.

ESCENA VI.

FADRIQUE, *armado de punta en blanco.* ZÚÑIGA.

FAD. Al fin...
(Alzándose la visera al ver á Zúñiga.)
ZÚÑ. Fadrique, aquí vos?
Cómo hasta aquí habeis llegado?

FAD. Por mil riesgos he cruzado,
mas era en mi amparo Dios.
En la ciudad penetré
del heraldo entre la gente
por veros, que inútilmente
ya otra vez lo procuré.
Tenorio me envia aqui
para que, arriesgando todo,
procure de cualquier modo
salvaros.

ZÚÑ. Dejadme á mí...
Mi vida aquí no interesa.
A Tenorio volvereis,
y en atacar, le direis,
que lo que tarda me pesa.
Que no le debe arredrar
la amenaza de mi muerte,
que nada importa mi suerte
si al rey logramos salvar.

FAD. Mas reflexionad, por Dios,
que, si nuestra gente avanza,
de Villena la venganza
habrá de ensañarse en vos.
Entre esta enemiga grey
he de dejaros asi?...
No: salvaos, que, por mí,
tambien os lo ruega el rey.

ZÚÑ. Visteis al rey?

FAD. Há un momento.
Por dicha hallé una ocasion,
aunque como una prision
guardado está su aposento.

ZÚÑ. Y bien, qué dice su alteza?

FAD. Aunque abatido y doliente,
la hora espera solamente
que le vuelva su grandeza.
Vos sois el único acaso...
y él os quisiera salvar;
mas no lo puede intentar,
que el marqués le sale al paso.
Pero en lo dicho se afirma,
y fiando en vuestro tino,

aqui, en este pergamino
os manda en blanco su firma.

ZÚÑ. La firma del rey! Oh! ella
nos puede salvar, sí, sí:
la fortuna vuelve á mí,
ya luce otra vez mi estrella!
Inspírame pensamiento!...
Oh! al de Santiago... esto es...
en él confia el marqués,
es su mas firme cimiento.

FAD. Guardándo está por Villena
todas las puertas y el muro.

ZÚÑ. Sí; es el medio mas seguro...
Le diré que el rey le ordena...
(*Dirigiéndose á la mesa donde hay recado de escribir.*)
No, vive Dios, nuevamente
desobedecieran, y...
Concesiones... esto es; sí.
(*Escribiendo.*) «Que si dá entrada á la gente
»de Tenorio en la ciudad...»
—Oh! se clava en este anzuelo!—
«El rey obtendrá el capelo
»para el de su Santidad.»
Id con esto al de Santiago:
si cede, habremos vencido;
pero todo está perdido
si damos el golpe en vago.

FAD. Fiad; yo haré cuanto pueda:
tened en mí confianza.

ZÚÑ. Es la postrera esperanza
de salvacion que nos queda.

FAD. Descuidad en mi adhesion:
bastante os digo con esto,
que há tiempo me teneis puesto,
Zúñiga, en obligacion.

ZÚÑ. Completamente curado
estais ya de aquella herida?...

FAD. A riesgo estuvo mi vida.

ZÚÑ. Vuestra edad os ha salvado.

FAD. Y mas que todo, el valor
que me daba la esperanza
de alcanzar amor, venganza...

Salváronme odio y amor.

ZÚÑ. Oh! no deis jamás abrigo
en el alma á esa pasion...
El odio!...—Es mas noble accion
perdonar á un enemigo.
Sois jóven, y es un deber
para vos creer y amar...
Nunca os llegueis á encontrar
precisado á aborrecer!

FAD. Mas ese hombre me arrebata
mi dicha, y acaso ya...

ZÚÑ. Robárosla no podrá:
solo tal vez la dilata.

FAD. Es que el padre de Beatriz,
engañado por Villena,
casarse con él la ordena,
haciéndola así infeliz.
El Maestrazgo que anhelaba
dicen que ya renunció...

ZÚÑ. Si vuestro padre llegó
aun á tiempo á Calatrava,
su eleccion allí se hará...
Mas el tiempo no perdamos...
Id, que si vencer logramos,
Beatriz vuestra será. (*Vase Fadrique.*)

ESCENA VII.

ZÚÑIGA. *Despues* VILLENA. NIEBLA. BEATRIZ.

ZÚÑ. Ahora veremos, Villena,
si del golpe que te amaga
tu astucia y poder te escudan,
ó tu fortuna te salva.
Mas no te podrá salvar
siendo la causa tan santa,
que, ante lo que Dios dispone
fortuna y poder son nada.

VILL. (*Entrando con Niebla y Beatriz por la derecha.*)
El sitio levantarán:
tengo mis órdenes dadas,
y si la hueste enemiga

contra la ciudad avanza,
castigaré su osadía
con sangrienta represália.
Mas habrán de retirarse,
que la terrible amenaza
de dar á Zúñiga muerte,
que es el sosten de su causa,
paraliza sus esfuerzos,
los detiene, y me depara
un escudo que me pone
á cubierto de su audacia.
—Os habeis resuelto ya? (*A Zúñiga.*)

ZÚÑ. Mi resolucion no cambia,
que hombres como yo, Villena,
de la muerte no se espantan.

VILL. Ni hombres como yo hacen nunca
ilusorias sus palabras;
que, si dudais de las mias
y aun abrigais la esperanza
de que el cumplirlas dilate,
llegáos á esa ventana...
mirad.... están levantando
vuestro cadalso en la plaza.

ZÚÑ. Villena, nada me asusta:
si el cielo me desampara,
á él me vereis ir erguida
la frente, tranquila el alma;
que para aquel que sucumbe
por empresa noble y santa
tiene la muerte mas dura,
como el martirio, su palma.

BEAT. Oh! qué noble corazon!
Será vuestra crueldad tanta (*A Villena.*)
que, en mengua de vuestro nombre,
consumeis tan ruin venganza?

VILL. Por él os interesais?

BEAT. Cómo no me interesára
si, en ocasion bien funesta,
esgrimió por mi su espada?

ZÚÑ. La memoria os agradezco.

BEAT. Tengo vuestra accion hidalga
con caractéres eternos

en el corazon grabada.

ZÚÑ. Unís á rostro tan bello
bella y generosa un alma:
que nunca enturbie, señora,
vuestra ventura una lágrima!

NIEB. Hará el marqués su ventura.

ZÚÑ. El marqués?... Cómo!

NIEB. Mañana
es la boda; los contratos
(Mostrando un pergamino que trae en la mano.)
ahora de firmarse acaban,
y para dar parte al rey
venimos á su real cámara.

ZUÑ. *(A Beatriz.)* Y vos... Ah! bajais los ojos,
llorais... Sois bien desgraciada!
Así la sacrificais,
conde?

NIEB. Yo sacrificarla!

ZÚÑ. Pues cómo llamais, sinó,
cuando ella está enamorada,
casarla contra su gusto?

NIEB. Es que su pasion me agravia.

ZÚÑ. Fadrique de Benavente...

NIEB. No le nombreis... El villano,
traidoramente intentó
de mis brazos arrancarla...

BEAT. Él!...

ZÚÑ. El que por defenderla
cayó lidiando á mis plantas,
arrancárosla... Buen conde,
villanamente os engañan!

NIEB. Cómo?...

ZÚÑ. El marqués de Villena
fué quien intentó robárosla:
Fadrique la defendia.

NIEB. Mas si él la volvió á mi casa...
(Señalando á Villena.)

ZÚÑ. Astucia infernal con que
vuestra honradez engañaba.

VILL. Callad, callad!...

ZÚÑ. No, por Cristo!
Voy á arrancaros la máscara.

NIEB. Qué decís?...

ZÚÑ. Ese contrato
que con vuestra hija le enlaza,
es, conde, un ultrage nuevo
que os va á arrojar á la cara.

NIEB. Ved, señor, lo que decís.

ZÚÑ. Si él esta union anhelaba
con Beatriz, era solo
porque al suyo se juntára
vuestro poder... Ademas,
el matrimonio coharta
el ser ya electo á estas horas
Maestre de Calatrava.

VILL. Mentís!... Un fiel mensajero,
que yo con tiempo enviára,
habrá logrado impedir
la eleccion.

ZÚÑ. Loca esperanza!
Otro le fué á los alcances:
de nada os vale la audacia
si á la mitad del camino
mi prevision os ataja.

ESCENA VIII.

BENAVENTE. DICHOS.

VILL. Mi sufrimiento se acaba,
y os ha de pesar por Dios.

ZÚÑ. Benavente! (*Viéndole entrar.*)

BENAV. Para vos, (*A Villena.*)
Maestre de Calatrava.

VILL. Yo, Maestre!...

BENAV. Ved aquí
el acta de la eleccion.

VILL. Qué infernal combinacion
mis planes trastorna así!

ZÚÑ. No os lo dije?

VILL. Detener
mi protesta no ha logrado...

BENAV. Tarde el aviso ha llegado.

VILL. Tiene la fecha de ayer! (*Mirando el acta.*)

ZÚÑ. Pues y es nulo el casamiento...

A buen tiempo habeis llegado.(*A Benavente.*)
Pobre marqués, se ha llevado
tus esperanzas el viento!

NIEB. Que yo pude así creerle!
(*Rasgando el contrato.*)

ZÚÑ. Veis como yo no os mentí!
Llegad, Benavente, aquí,
y acabad de convencerle.

VILL. No hay duda, Maestre soy!...
(*Acabando de leer.*)
de ella me aparta un abismo!..
Oh! qué ciego fatalismo
ataja mis pasos hoy?
Yo, que deseaba un dia
esta potestad suprema,
hasta la regia diadema
hoy por ella dejaria!

ZÚÑ. Inútil desprendimiento:
aunque renunciar quisierais,
de su padre no obtuvierais
jamás el consentimiento.
(*Mostrándole á Niebla y Benavente abrazados.*)

VILL. Ira de Dios! vos, vos fuisteis
quien, con traidora intencion,
apresurar mi eleccion
allá en Calatrava hicisteis:
vos que, viéndoos derrotado
por mí, con tan ruin venganza
mi mas hermosa esperanza
arrancarme habeis logrado.
No fué vana la intencion
ni el golpe mal dirigido,
que me habeis, Zúñiga, herido
en medio del corazon!
Gozaos en vuestra obra,
burlaos de mi agonía,
que no os dejaré, á fé mia,
para ello tiempo de sobra.
(*Llevándole á la ventana.*)
Mirad el cadalso, allí,
cubierto de negro luto,
que se engalana en tributo

de vuestra nobleza así.
Mirad, mirad cuanta gente...
Entre tanto espectador,
si un momento de temor
se refleja en vuestra frente,
si vacilais al subir
ya la fatal escalera,
ó al pronunciar la postrera
oracion para morir,
todo lo advertirán, todo;
y será tal la algazara,
que os arrojará á la cara
el vil populacho lodo.
Si esto el alma os despedaza
y, demandando consuelo,
la vista tornais al cielo,
tendiendo luego á la plaza
vuestras miradas dolientes,
al prosternaros de hinojos,
solo hallarán vuestros ojos
semblantes indiferentes.
Vereis alzar la cuchilla,
y en aquel supremo instante
el hombre mas arrogante
toda su arrogancia humilla!
Por esto habeis de pasar:
ya el pueblo espera impaciente...

ZÚÑ. (Dios me valga!... aquella gente...
Ellos son!...)

VILL. Vais á marchar
á la muerte sin demora.

ZÚÑ. Aun vuestro el triunfo no es,
que nuestra suerte, marqués,
se está decidiendo ahora;
y tal se podrán trocar
el mio y vuestro destino,
que vos andeis el camino
que me acabais de pintar.

VILL. Qué decís?... estais soñando?
Perdísteis sin duda el juicio!
¿Para quién es el suplicio
horrible que estais mirando?

ZÚÑ. Aun lo ignoramos los dos.

VILL. Es decir que de vivir
hais esperanza?

ZÚÑ. Es decir
que solo lo sabe Dios!

VILL. Si aun fiais en vuestros planes,
si esperais que en vuestra ayúda
la gente de armas acuda
que sigue á los capitanes
de don Pedro, golpe en vago!

ZÚÑ. Por qué?

(*A este tiempo empiezan á repicar las campanas y acrece el clamoreo del pueblo, que habrá empezado á sentirse desde la mitad de esta escena.*)

VILL. No oís ese ruido?
Es que á Tenorio han prendido
los parciales de Santiago;
que celebra la ciudad,
alegre por tal proeza,
el triunfo de la nobleza.

ZÚÑ. No puede ser, no...

VILL. Mirad...
A qué viene el pueblo entero
sinó en tanta confusion?

(*Abriéndose las puertas del fondo aparece la sala del trono, y en él el rey Enrique tercero, que despues de decir los dos primeros versos se adelanta al proscenio, quedando en segundo término los grandes, pages, guardias y heraldos con los pendones de Castilla.*)

ESCENA ÚLTIMA.

EL REY. EL ARZOBISPO DE SANTIAGO. DON PEDRO MANRIQUE. FADRIQUE DE BENAVENTE. DON ALVAR. *Cortesanos, pages. guardias y heraldos.* DICHOS.

REY. (*Desde el trono.*)
A hacer la proclamacion
del rey Enrique tercero!

VILL. (Triunfaron, suerte traidora!
Me han vendido, ira de Dios!)

REY. (*Bajando á la escena.*)
Marqués, llegó para vos

de la espiacion la hora.

VILL. Ved, don Enrique...

REY. Callad!

VILL. Que infringiérais...

REY. Desistid

de vuestro empeño; y oid
que tal es mi voluntad.
De ingrata pérfida grey
hasta hoy la ley he sufrido:
vuestro prisionero he sido;
pero hoy empiezo á ser rey.
Vos, que tan noble y leal *(A Zúñiga.)*
os habeis sacrificado
por mi causa, aquí, á mi lado.
Vos, que en la lucha mortal
tambien por mí os arrojásteis,
sed, buen Fadrique, feliz
con la hermosa Beatriz.
Y vos, que el reino asolásteis *(A Villena.)*
con bárbaras exacciones,
que agotásteis mi tesoro,
y en calma vísteis del moro
triunfadoras las legiones:
vos, que con dorados grillos
atar la opinion pensásteis,
y á trueque vil la comprásteis
de mis villas y castillos:
vos, el nigromante... vos!
que, con vuestro negro encono,
atrajisteis sobre el trono
hasta las iras de Dios:
vos, que quisísteis, desleal,
poner con loca fiereza
por alfombra á la nobleza
mi sacra púrpura real;
id con baldon de Castilla...
Mas primero ante sus leyes,
ante el trono de sus reyes
doblad, doblad la rodilla!

VILL. Ved que á nobles castellanos...

REY. Doblad, mi pueblo lo exige,

que hoy en árbitro se erige

y el cetro pone en mis manos.
Mi pueblo siempre leal
por quien proclamado soy,
y al que atenderé desde hoy
con un celo paternal;
pues que mas que á las legiones
de mis fieros enemigos
¡los cielos me son testigos!
temiera sus maldiciones.

VILL. Don Enrique, con valor,
aunque sin suerte, he lidiado:
con la causa que he abrazado
sucumbí; mas con honor.
Por eso parto sin pena,
pues pude cual soy cumplir;
mas primero el porvenir
que labrais, oid de Villena.
De vuestro ejemplo inducidos,
vuestros sucesores fieros
acabarán con los fueros
por la nobleza adquiridos.
En ayudar á este fin
el pueblo se afanará,
mas despues reclamará
su porcion en el botin.
Los reyes, su plan logrado,
al pacto querrán negarse,
y habrá otra lid de empeñarse
de mas triste resultado.
Correrá de sangre un mar,
y enrojecida la tierra,
no perdonará la guerra
ni el sagrado del altar.
La ciencia dará otros nombres
á la choza y al palacio,
y abrirá mas ancho espacio
á la ambicion de los hombres.
Cambiará el orbe sus fases,
perderá el bajel los remos,
se tocarán los estremos,
se confundirán las clases.
Y en tan rudas convulsiones

agotada la energía
tocarán en su agonía
los tronos y las naciones.
Estos dias llegarán,
y las edades futuras
tal vez de sus desventuras
á la nuestra acusarán!...
Y á vos, que echais el cimiento
de la obra de destruccion
quedaos en el corazon
tan cruel remordimiento;
mientras que yo en quien pensais
anonadar la grandeza,
la altivez de la nobleza,
rey y señor, no creais
que de este pago me asombre,
ni que al partir lleve pena,
pues ya á Enrique de Villena
le basta y sobra su nombre. (*Vase.*)

REY. Qué audacia!... Seguidle vos...
(*A un oficial de sus guardias.*)

ZÚÑ. Clemencia, señor, os deba:
ella á los reyes eleva
que es atributo de Dios.

REY. Yo de límites estrechos
saco hoy el poder real
conservando á cada cual
sus respectivos derechos.
Y en vano quiso medir
su destino y mi destino;
ya queda abierto el camino
ante el vasto porvenir:
los pueblos comprenderán
el motivo de mi accion,
y la negra acusacion
contra su autor volverán:
y un dia al coger entero
el fruto de esta victoria,
bendecirán la memoria
de don Enrique tercero.

FIN DEL DRAMA.

Ademas de las comedias contenidas en el catálogo, se han publicado las nuevas siguientes, cuyos derechos de propiedad pertenecen tambien para su representacion á los Sres. Delgado Hermanos.

	Orig.	*Trad.*	*Actos.*	*Rs.*
Saul.	o	»	4	8
El ayuda de cámara.	»	t	1	4
Última calaverada.	o	»	1	4
Rico por fuerza.	o	»	1	4
Tras él á Flandes.	o	»	3	6
Alberto.	o	»	1	4
Tran Tran.	»	t	2	4
E. H.	»	t	1	4
No hay humo sin fuego.	»	t	1	4
Don Juan Trapisonda.	o	»	1	4
Una muger literata.	o	»	3	6
Un club revolucionario.	o	»	1	4
Siglo XVIII y siglo XIX.	o	»	1	4
El desban.	o	»	1	4
Jadraque y París.	o	»	4	6
Un puntapié y un retrato.	»	t	1	4
Flavio Recaredo.	o	»	3	8
La verdad vence apariencias.	o	»	3	8
Ellas y nosotros.	o	»	3	6
Un tigre de Bengala.	»	t	1	4
Un par de alhajas.	o	»	1	4
Errores del corazon.	o	»	3	8
Los ardides de un cesante.	o	»	1	4
Odio y amor.	o	»	1	4
Amor y amistad.	o	»	3	6
El corazon de un soldado.	o	»	3	6
Aragon y Castilla.	o	»	3	6
¡¡Vaya un par!!	»	t	1	4
Fé, esperanza y osadía.	o	»	1	4
Una Perla en el fango.	o	»	1	4
Celos de un alma noble.	o	»	3	8